



Repertorio Americano



Año VII - No. 2

Enero - Febrero - Marzo 1981

Heredia, Costa Rica

DON JOAQUIN GARCIA MONGE



1881 - 1981

Repertorio Americano

Universidad Nacional
Instituto de Estudios
Latinoamericanos
Heredia, Costa Rica

Directora:

María Rosa de Bonilla

Directores honorarios:

Isaac Felipe Azofeifa
Dr. Eugenio García Carrillo

Secretario:

Julián González

Consejo de Redacción:

Director del Instituto de
Estudios Latinoamericanos
Lic. Carlos E. Aguirre
Francisco Morales

Administración y Canje:

Instituto de Estudios
Latinoamericanos
Apdo. 86 - Heredia, Costa Rica

Suscripción anual: ₡ 30,00
US \$ 8,00 - para el exterior



... de Joaquín García Monge:

"He creído en estos dos bienes supremos: la justicia civil y la libertad. Por ambas he luchado. Así como por la belleza y el bien."

"Me interesa conocer el pueblo costarricense en lo íntimo: cómo imagina y crea, cómo reflexiona y redacta, cuál es su comprensión y su sentimiento de la familia, del niño, de los animales, del paisaje, de la justicia, de la amistad, de la proximidad, de la vida religiosa, de lo sobrenatural, de cuanto carece de importancia para el narcisismo literario."

"Para mí, como editor del Repertorio, aunque tienen un valor en sí mismas las artes, las letras y las ciencias, ellas no solamente son creaciones del hombre, sino que deben ponerse al servicio de las sociedades. Se esculpe, se escribe, y se pinta y se graba para hacernos expresivos de la grandeza que llevamos con nosotros y estimular la grandeza aún no descubierta, quizás, en quienes contemplan la obra ejecutada. La belleza posee la magia de hermostrar y mejorar a los hombres."

Un retrato

*Para el Maestro don
Joaquín García Monge.*

*Este buen don Joaquín de la cara redonda,
sonriente la mirada, despacioso el andar,
tiene el alma tan pura, tiene el alma tan blanda
como un trozo de cielo que se mira en el mar.*

*Su palabra sincera tiene un fresco de fronda
que la brisa lejana mueve lenta al pasar,
mientras su pensamiento resplandece y se ahonda
en su vida fecunda, francamente ejemplar.*

*Huidiza la corbata sin vanidad ni gusto,
el chaleco ceñido a su abdomen robusto
y un enorme sombrero descuidado y alón...*

*este buen don Joaquín de la cara redonda
tiene el alma tan pura, tan serena y tan blanda
como un chorro de agua convertido en canción.*

Gonzalo Dobles
1952

* Tomado de El Noticiario: Año XV, Nos. 193-194, Enero-Febrero de 1954, pág. 5.

DON JOAQUIN

en el centenario de su nacimiento

Adela Ferreto de Sáenz

Miro su rostro redondo, bonachón, su frente muy amplia circundada de cabellos negrísimos, sus ojos brillantes, tan negros como sus cabellos, su sonrisa, a ratos displicente, pero siempre acogedora.

Está ahí, en su oficina, tras de su mesa escritorio, cargada de libros y papeles. Así es como viene, y vuelve, vez y vez a mi memoria.

Pero hay recuerdos mucho más lejanos, más añejos:

Vestido de oscuro, con sombrero de fieltro negro, pasaba frente a mi ventana, —mirador de mi infancia y de mis años juveniles,— viniendo de la estación del ferrocarril de Heredia, sábados o domingos por la tarde. Caminaba despacio, su niño de la mano, conversando con Omar Dengo, Rafael Salas, Rómulo Tovar, Fausto Coto, Corina Rodríguez... Saludaba atentamente, rindiendo el sombrero; conocía a los alumnos de La Normal, a sus alumnos. Por entonces, —1917— era Director de la Escuela Normal de Costa Rica. ¡La discutida, debatida, calumniada y perseguida hasta el ensañamiento, Escuela Normal!

Y es que esta Escuela, fundada por los González Flores, liberales y tal vez, anticlericales; dirigida por una élite de hombres de avanzada: Arturo Torres y Brenes Mesén, que apenas conocí; don Joaquín García y don Omar Dengo, con los que me formé, ¡fue un semillero de innovaciones; la abanderada de una gran reforma educativa y cultural, que apenas si se escribió en papeles, pero que quedó impresa en mentes y corazones, y un vocero de civismo, de miras y conceptos nuevos en la vida pública, política y social del país!

De todos los rincones del oscurantismo, del conservadurismo, de la reacción, saltaron estremecidos, horrorizados, los adalides del “¡Vivimos en el mejor de los mundos!”; del “ciego creer y obedecer”, como norma superior de vida cívica; de la autoridad indiscutida del “Magister dicit” en escuelas y colegios; de la “indiscutida autoridad del superior jerárquico...”

En la Escuela Normal, se creía y se actuaba de modo distinto:

Se hablaba de ideales, de metas, para la vida del joven estudiante, para su acción de hombre, que no eran altas remuneraciones ni ascensos en el ejercicio de la profesión, ni en el ámbito social o la actividad pública; que no eran peldaños para alcanzar dinero ni honores, sino caminos de servicio, de entrega, tal vez de sacrificio, que promoverían el ennoblecimiento de la propia vida y el engrandecimiento de la patria en sus más altos valores.

Estos ideales, estas metas, se sustentaban en el conocimiento de las vidas y obras de los “Grandes”, sobre todo de los grandes americanos, muchos de ellos repudiados por el oscurantismo: los libertadores: Bolívar, San Martín, Washington, Martí, Hidalgo; los forjadores de patrias libres: Lincoln, Sarmiento, Juárez... y los nuestros: los dos Moras, el Doctor Castro, don Jesús Jiménez; de los grandes pensadores y guías: Montalvo, Bello, Emerson, Rodó, Hostos, Vaz Ferreira, nuestro don Mauro y tantos más.

Se hablaba de la necesidad de conocer al educando; del respeto debido a su personalidad, de sus derechos. De la misión del maestro y de sus responsabilidades, no sólo como trasmisor de conocimientos sino como educador, como guía y modelo, como estimulador en el desarrollo integral del alumno, en su realización plena. Del maestro alumbrador, partero de vocaciones.

Se hablaba de la función social de la escuela; de la escuela proyectándose en la comunidad; y de la labor social del maestro, interesado en los problemas y necesidades del pueblo, en su hambre y en su indigencia, en su ignorancia y en la explotación de que es objeto, que se reflejan en la labor diaria del alumno, en sus logros como estudiante.

Y del problema agrario y campesino: de créditos, de caminos de penetración, de intermediarios, del latifundio y del acaparamiento de tierras..., y sobre todo, de la enajenación de la pequeña propiedad, pilar de nuestra democracia.

Y se abogaba por un cambio urgente en este estado de cosas, por una muda de conciencia en el individuo y de estructura, en la sociedad.

Se enseñaba a no temer a las ideas: a acogerlas, examinarlas, sopesarlas, para, a la postre, rechazarlas o aceptarlas, no importaba cuál fuera su origen y cuáles los tabúes que hubiera que derribar en el camino que las transformara en acción, ni las consecuencias personales que eso acarrearía.

Se nos enseñaba a pensar, hablando de estas cosas y de muchas otras, que ahora apenas si se tocan, si se comentan en nuestros colegios, porque “no entrañan problemas no resueltos, vigentes, candentes, inaplazables, de la vida de nuestro pueblo, sino temas peligrosos, exóticos, capaces de conducirnos al caos”... Porque el que vivimos no es caos, sino el maravilloso orden establecido en el paraíso de América.

Y ésta, que era prédica cotidiana en la Escuela Normal de Costa Rica, chocaba, ¡naturalmente!, como una oleada pode-

rosa, contra la caverna de roca, en que se refugiaban los trogloditas de toda clase.

Había lucha vehemente, apasionada, y don Joaquín y sus compañeros se engrandecían, agigantándose, ¡en esa lucha! Amaban el debate, la confrontación y el enfrentamiento de las ideas.

Por entonces, —año de 1917,— era el Director de la Escuela Normal de Costa Rica.

1917 — 1918

En estos años don Joaquín dirigió la Escuela Normal. Estaba en el comienzo de su madurez, “en el medio del camino”, como hombre, y también como escritor, ya que en 1917 sale a la luz *La Mala Sombra*, su obra más lograda, ¡su pequeña grande obra!, y en 1916 había comenzado a editar el *Convivio*, colección en que, como en *Ariel*, daba a conocer pequeñas obras completas, siempre vigentes, de autores antiguos y modernos, que tanta importancia tuvieron para los intelectuales jóvenes y viejos de nuestro país y aún del Continente.

Pero esto yo no lo sabía cuando, en 1917, ingresé a la Normal. ¡No sabía la buena suerte que me había cabido al encontrarme con aquel Director y con aquel profesorado! Ignoraba quiénes eran y lo que significaban en el país. Sentía, eso sí, la satisfacción de asistir a lecciones llenas de interés y amenidad, en las que se nos daba la oportunidad de investigar, de intervenir, de discutir, de pensar sobre los más variados temas históricos, literarios, cívicos, científicos.

Los lunes y los sábados teníamos asambleas de alumnos y profesores.

El año 1917 se había iniciado en Costa Rica, con un golpe de cuartel, con “La traición de los Tinocos”, y la caída del gobierno progresista de don Alfredo González Flores, quien, con su hermano don Luis Felipe, Ministro de Educación Pública, había fundado, en 1915, la Escuela Normal de Costa Rica, equipándola con todos los elementos necesarios para las mejores instituciones de su clase.

En las asambleas de los lunes se analizaba la situación política del país, ampliamente, sin tapujos, a pesar de la actitud amenazadora de los tiranos, o, tal vez, a causa de esa actitud, pues don Joaquín y su grupo, se erguían siempre contra el oprobio de los regímenes de fuerza, contra los conculcadores de la libertad y de los derechos del hombre.

Se vivía también un momento muy crítico, muy difícil. Era el tercer año de la Primera Guerra Mundial: año de hambre, de destrucción, de agotamiento de hombres y pueblos. Nunca antes, una guerra de esa magnitud, de ese costo, de esa capacidad de destrucción había enfrentado a los pueblos, a tantos pueblos, y por tan largo tiempo, consumiendo recursos materiales, ilusiones, esperanzas, y segando vidas... vidas, ¡miles de vidas!

La voz de Romain Rolland se alzó en su “*Par dessus de la mêlée*”, defendiendo los valores universales de los pueblos, de todos los hombres, aún los valores del “enemigo”, en un llamado a todos los intelectuales para oponerse a la “masacre”, para detenerla.

Anatole France reclamaba la paz; la guerra ya no tenía sentido. Pero la paz no se vislumbraba, retenida en los despachos de los ministerios, oculta por oscuras ambiciones que soñaban con el botín: —nuevos mercados, nuevo reparto del mundo,— tal el precio del sacrificio, de la muerte y la devastación.

En las asambleas de los lunes hablaban, don Joaquín, nuestro Director, o alguno de nuestros profesores. Después de que los alumnos habíamos ocupado nuestros lugares en la Sala Magna, y los profesores el suyo tras de la gran mesa, en el estrado, se levantaba el encargado, el mantenedor del acto: Omar Dengo, Rómulo Tovar, Luis Dobles, Fausto Coto, Rafael Salas, o don Joaquín.

Hablaban de variados temas: del momento del mundo y de la política del momento en Costa Rica, negra, como nube de tempestad; de los problemas de los pueblos de nuestra América: ignorancia, atraso cultural, caos económico, opresión; del porvenir; de los cambios que debían gestarse en escuelas, colegios y universidades, en talleres y fábricas, en los campos de la branza.

Nos hablaban de fe en el hombre y en sus infinitas posibilidades, de esperanza en el futuro de los pueblos que saldrían purificados del gran holocausto...

¡Don Joaquín y su palabra!

Se levantaba despacio, caminaba hacia el frente, casi al borde del estrado, miraba a la juventud, ávida de escucharlo, sonreía, hojeaba un libro o, colocándose el pulgar derecho en el bolsillo del chaleco, lenta, muy lentamente, comenzaba su discurso-lección:

—Jóvenes alumnos... ¡Su voz clara! Tal vez leía una frase, unas frases, del libro que tenía en la mano. ¿Una página de Rodó? ¿De José Martí?; o, recordaba palabras airadas y vehementes de Montalvo, de Unamuno; o un pensamiento de Hostos, de Vaz Ferreira, de Emerson, que le servían de motivo para hilvanar sus ideas, sus comentarios acerca del momento angustioso, acaso decisivo, que vivían el mundo, el país, nuestra escuela. La voz tomaba fuerza, se iba elevando, como ola capitana, en alas de su pensamiento apasionado que defendía la libertad, el derecho de los pueblos a la cultura; que se enardecía contra el despotismo, que clamaba por la justicia. La Sala Magna se llenaba, se estremecía con aquellos acentos, con los chispazos de tan hermosas ideas, con el fervor de tales palabras. Todos escuchábamos suspensos: por la sala había pasado un ángel: ¡la palabra de don Joaquín, flamígera, fulgurante!

A veces se trataba de literatura: nuestro Director o alguno de los profesores, comentaban un libro, un poema. Recuerdo cuando don Joaquín nos llevó la *Evangelina* de Longfellow. ¿Por qué lo recuerdo especialmente?, no lo sé. Puede ser porque el libro se había mostrado por varios días en la vitrina en que se exhibían las publicaciones nuevas, los nuevos libros adquiridos por nuestra biblioteca. Yo era apenas una chiquilla; y, el Director, don Joaquín, —ahora pienso que esto sucedió en la época en que fue Ministro de Educación,— nos llevaba un número de su *Convivio*, acabadito de salir. Quería compartir con nosotros, sus alumnos, con sus compañeros de trabajo, la alegría de aquel instante; la heroína de Longfellow,

los momentos difíciles, trágicos, para los colonos franceses desplazados de su Acadia nativa, desposeídos; todo en el poema lo conmovía, lo hacía vibrar.

Nos habló de Evangelina con ternura y admiración, como de la heroína del amor constante. Poco después compré el tomito del *Convivio* y en su lectura alcancé a vislumbrar algo del sentido heroico que don Joaquín nos había encarecido en Evangelina, en su larga peregrinación siempre esperanzada en su desesperanza; en la realización postrera del encuentro, tantas veces presentido y otras tantas frustrado. En mi mente quedó grabada aquella figura de mujer, sentada sobre una tumba, mirando la lejanía, como la suma de toda tristeza. Y siempre que se habla de Longfellow, surge para mí el recuerdo de don Joaquín, con su *Convivio* en la mano, hablándonos, desde el estrado de la Sala Magna, del poema del poeta norteamericano y de por qué lo había escogido para darlo a conocer a los lectores costarricenses.

Había también las asambleas sabatinas, con que finalizaba la labor semanal. Eran asambleas de alumnos, en ellas exponíamos o leíamos trabajos, dábamos cuenta de la marcha del "Centro" a que pertenecíamos, de la labor destacada de algún compañero; discutíamos sobre problemas del alumnado, de la localidad, o del país; algunos, los mayores, leían cartas de los graduados en años anteriores que contaban de su labor en las escuelas y se interesaban por la vida de su Alma Máter.

Teníamos muchas actividades extra-aula, de trabajo libre: centros y clubes de estudio, de deporte, de trabajos manuales, de artes y de música, algo como lo que ahora llaman talleres. Al frente de estas actividades había siempre un profesor.

Y teníamos la gran biblioteca a la que asistíamos tardes y noches: a preparar trabajos, a buscar información, a ampliar temas, a leer. Siempre asistía un grupo de profesores a quienes consultar, con quienes hablar de libros y lecturas, de los problemas que nos inquietaban.

Todo esto era mal visto por los enemigos de la Normal, por los oscurantistas y por los representantes del Gobierno de la Tiranía. La Escuela era un semillero de rebeldes, de enemigos, comentaban en la ciudad.

El Gobierno exigió una especie de voto de confianza de todos sus subordinados, en las elecciones llevadas a cabo para legalizar su mandato. El Director, los profesores y hasta los porteros de la Escuela Normal le negaron ese voto. Don Joaquín fue separado de su puesto y sus compañeros renunciaron a los suyos como muestra de solidaridad con su Director y como protesta al vejamen gubernamental.

Un año de dirección del ilustre maestro dejó huella memorable en nuestras almas de adolescentes, en nuestras vidas. ¡Un año de sabia dirección!

MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA

Don Joaquín salió para Nueva York poco tiempo después. Fue el exilio. El buen campesino que había en él nunca se pudo acomodar a la vida de la gran Metrópoli.

Nosotros, en tanto, "esperábamos", como él nos lo había recomendado en la memorable asamblea de despedida, en su último día de Director de la Normal.

Como he contado en otra parte, sus exalumnos manteníamos grupos que se conservaban unidos al grupo de profesores destituidos. Desde Nueva York, don Joaquín nos escribía; recuerdo que en una de sus cartas nos recomendaba estudiar el inglés, "de rodillas"; hay que conocer bien la lengua de los que pretenden mandar en el Continente, es la mejor manera de penetrar sus intenciones, de estar al día acerca de sus proyectos y maquinaciones.

Cuando se fue, planeaba fundar allá una editorial latinoamericana, una gran editorial. No sé qué obstáculos halló, seguramente económicos y... sentimentales. Don Joaquín nunca tuvo dinero... y necesitaba su rincón, oír su lengua y respirar el aire de sus montañas nativas, ¡contemplarlas!

Pronto regresó; pronto, también, cayó la dictadura. Entonces fue llamado por don Francisco Aguilar Barquero, a desempeñar el cargo de Ministro de Instrucción Pública. Fue Ministro por ocho meses, "infortunadamente para el país", como dice Victoria Garrón, porque si alguien estaba capacitado para dirigir por carriles autónomos de progreso, la educación en Costa Rica, era don Joaquín. Su amor por el pueblo, el conocimiento y comprensión de sus problemas, su preparación académica; su visión del futuro; su estima por la función del maestro y su veneración por lo que habían hecho los creadores y promotores de nuestro sistema educativo; las mil antenas-lecturas, correspondencia, contactos personales, —que lo mantenían al día con movimientos e ideas, en el Continente y en el mundo, todo se conjugaba en él para hacerlo un gran dirigente, una fuerza impulsora que habría llevado a éxitos insospechados nuestra "escuela pública que es la de la democracia".

Pero a don Joaquín le cerraron los caminos: la política y los políticos se los cerraron... Ni siquiera en los momentos en que triunfaron políticos de sus simpatías, se le encontró "adecuado" para Ministro. Su gran independencia de criterio, su incapacidad para las intrigas e intriguillas, para la adulación y la sumisión, para plegarse a intereses que no fueran los más altos del país y del pueblo, lo hicieron siempre peligroso, inaceptable. Además, él nunca puso precio a sus simpatías políticas ni a su voto.

Cuando se habla de la obra de ciertos hombres, es necesario tener en cuenta circunstancias como éstas. Don Joaquín trabajó, casi siempre, desde la llanura, con sus propios medios, solo y con escasos recursos. Es fácil realizar mucho cuando se cuenta con el poder, con un puesto de dirigencia, con dinero. ¡Si sólo se le hubiera dado tiempo para llevar adelante lo que comenzó en sus ocho meses de Ministerio!

Creó los Patronatos Escolares, el Consejo de Educación Primaria, las Colonias Escolares de Vacaciones. Soñó con la "Sociedad Protectora de los Niños de Costa Rica", hoy Patronato Nacional de la Infancia; con escuelas que sean al mismo tiempo instituciones completas, en donde el niño necesitado halle "auxilio, salud, trato amable, pan, ropa, trabajo, estudio y juego"; (acaso un poco, con las asignaciones familiares, con el Hospital de Niños; con la Escuela Nacional de Agricultura).

Todo esto, o casi todo, lleva el sello de los nuevos conceptos, implícitos también en sus "Programas para la Escuela Primaria", en que educación y sociología van unidos estrechamente; en que se da a los subordinados y al pueblo todo, el derecho a participar en la gestión educativa, especialmente en su aspecto social.

Además, se empeña en la creación de bibliotecas infantiles; de cursos de educación física en las escuelas primarias; de escuelas complementarias, (las pone en marcha en Liberia, Cartago y San José), como germen o núcleo de las futuras Escuelas Vocacionales, y, porque los seis años de primaria, son pocos para sustentar la base cultural de un pueblo.

Crea escuelas, amplía escuelas, siembra bibliotecas, busca la unidad y la concordia entre el magisterio. Quiere una Costa Rica sana, culta, creadora y feliz.

Y qué modestia y honestidad respira su Memoria de Educación, qué ausencia de autobombo y cuánta preocupación por el bien del país. Cómo se regocija con el esfuerzo y los méritos de sus colaboradores, y, reconoce, como en el caso de los Patronatos Escolares, que la idea no es suya, sino de un antecesor, que él la encontró en una gaceta. Y a este propósito, observa que, las gacetas están llenas de proyectos y acuerdos magníficos, que nunca se llevaron a cabo; que quizá, con rescatarlos del olvido y hacerlos realidad, con esto solo, se podría realizar una obra fructífera en cualquier Ministerio.

Allí está retratado don Joaquín, con su sentido del valor e importancia de las cosas grandes o pequeñas; con su nítida honradez que no le permite apropiarse méritos ajenos; con su sencillez y nobleza, con su afán de exaltar lo bueno, de reconocer las acciones justas y sabias en los otros; con su pasión por la cultura como el gran patrimonio del pueblo.

¡Lástima, de veras, que don Joaquín apenas pasara, como un meteoro, por el Ministerio de Instrucción Pública!

AQUI ESTOY, EN LA BIBLIOTECA...

ASILO DE ESTUDIO Y PAZ

Estuvo en la Biblioteca Nacional dieciséis años, de 1920 a 1936.

Su labor como educador, como promotor de cultura, continúa allí.

El conocimiento y dominio del idioma, el saber, la comunión con el pensamiento elevado, con la belleza en su expresión más completa, se alcanzan en la buena amistad con los libros. Así pensaba este maestro singular.

"En un rincón, con un librito", es su lema, el que estampa en la portada de su *Colección Convivio*. En la Biblioteca Nacional tuvo su rincón, su "angello" con sus libros. Allí íbamos a buscarlo los que siempre nos sentimos sus alumnos y llegamos a ser sus amigos. Nos mostraba las altas estanterías: "Paredes de libros", nos decía: más bien jardín de libros o bosque. ¡Cuánta belleza, cuánta sabiduría, tras los lomos dorados, rojos, oscuros! ¡Falta tiempo para captarlas, para adueñarse de ellas!... ¡Se necesitarían muchas vidas! Nos muestra los tomos

viejos, los "libros tesoro"; él es ahora su guardián. Algunos pertenecieron a costarricenses ilustres, don Joaquín pasa suave y lentamente sus manos por las pastas descoloridas, las acaricia, piensa en los que fueron sus lectores... en lo que de allí sacaron para enriquecer sus vidas, para ennoblecer la Patria. Decía cosas muy bellas acerca de los libros, nos las dijo a nosotros y también a mis alumnas, cuando, siendo maestra, las llevé a conocer la Biblioteca Nacional y a su Director, se las dijo a muchas generaciones de costarricenses.

Pero no quería una Biblioteca estática, o sólo para eruditos y cultos estudiosos, quería una biblioteca activa, móvil, que vaya al pueblo, que le enseñe y le proporcione solaz. Sueña con bibliotecas ambulantes; con pequeñas bibliotecas en todos los pueblos y pueblitos. Sobre todo, quiere que los niños, después hombres, aprendan a querer los libros. ¡Todas las simientes de la buena cosecha, se siembran en la infancia!

¡Aprender a querer los libros!

Por eso es él, con Carmen Lira, el creador de la Literatura Infantil, en Costa Rica. Como ya he dicho, crea la primera cátedra de esta materia, en la Escuela Normal de Costa Rica y por un año, la tiene a su cargo. Entonces sólo existía otra cátedra similar en la Normal de Montevideo, en Uruguay, cuando Uruguay era un faro cultural en el continente. Costa Rica es, pues, el segundo país de América Latina que se preocupa por dar a sus maestros un criterio "científico", en la selección de libros, lecturas, revistas y, en general, de la literatura para niños.

En 1920, Carmen Lyra es la profesora de Literatura Infantil en la Escuela Normal: es nuestra profesora y, al mismo tiempo, la Directora de la Biblioteca Infantil que, junto con don Joaquín, ha creado en la Biblioteca Nacional. La primera biblioteca pública de este género en el país. Cuando veníamos a San José, Luisa González y yo, la visitábamos. Recuerdo los mostradores y estantes que exhibían libros nuevos; los carteles ilustrativos, con los personajes de los cuentos más queridos por los niños; los asientos bajos y las pequeñas mesas redondas; las cabecitas inclinadas sobre los libros —con estampas—, porque "Alicia dijo: ¿Y para qué sirve un libro si no tiene estampas?" Y a Carmen Lyra cuando contaba sus cuentos en *La Hora del Cuento*. — ¡De los cuentos se va a los libros por caminos de encanto! — Y a don Joaquín, el Director, leyéndoles a los niños lectores, — ¡y qué bien leía! — alguna hermosa página de *Platero*, de *La Edad de Oro*. Es entonces que comienza nuestra amistad con los dos, una amistad que duró toda la vida, rica y estimulante.

A menudo había conferencias en la Biblioteca Nacional: se hablaba de Literatura, de Educación, de problemas sociales y políticos, nacionales y mundiales; se discutía. Grupos de la Normal, veníamos desde Heredia. Allí fue muchas veces don Omar a exponer y defender sus puntos de vista sobre la Nueva Educación; allí oímos también a sus oponentes.

Durante este período, don Joaquín realiza una gran labor editorial. Editor único, singular, sin paralelo en el país: regularmente, salen sus libritos; pequeños grandes libros, escogidos con amor, sabiamente, y editados con primor: *Ariel* y *El Convivio* y con ellos su periódico, *Repertorio Americano*. Edita obras clásicas y da a conocer a los poetas y pensadores de nuestra América; edita a los costarricenses, a los viejos o nove-

les escritores de aquel entonces, que tuvieron en su generosa empresa, su Editorial Costa Rica, sin la cual muchos jamás hubieran podido sacar a luz sus obras.

Los temas de sus colecciones son muy variados, pero la escogencia es siempre cuidadosa y la presentación de los libros tan sin tacha, tan sin errores, tan nítida, que da gusto sólo hojearlos. Tiene razón don Joaquín cuando agradece a sus colaboradores, a los cajistas, impresores y encuadernadores, fieles y admirables, el cuidado con que hicieron el trabajo que les puso en las manos.

Y en su labor editorial sigue siendo maestro, sigue pensando en la infancia. Después de crear la Cátedra de Literatura Infantil, de organizar bibliotecas para niños, edita para ellos. Saca el *Convivio de los Niños* y la revista *La Edad de Oro*, "inspirada en la de Martí, del mismo nombre". Y aquí cabe un aparte: don Joaquín busca, con los nombres de sus publicaciones, rendir tributo a la memoria de los grandes, que pensaron como americanos en los hombres y los niños de América, en engrandecerlos y salvarlos por la cultura.

También, en *Repertorio Americano* publica cuentos y poesía para niños.

Después de dieciséis años de servicios en la Biblioteca, en el año 1936, que no fue precisamente un año de gracia, para muchos educadores e intelectuales costarricenses, don Joaquín deja su puesto público, se retira. Pienso que no quiso servir ni depender del gobierno que se iniciaba. ¡Fiel a su ley, acompañó a sus amigos que habían sido separados de sus cátedras, de sus puestos públicos, como lo hiciera siempre!

REPERTORIO AMERICANO

La gran obra editorial de don Joaquín fue *Repertorio Americano*, su periódico. Obra de sacrificio económico, de constancia, de devoción, de amor. Guía, informador, selecto repertorio de lo mejor de los mejores escritores y pensadores del Continente, de España, de Europa; con ventanas plenamente abiertas a los vientos del mundo, con oídos alertas al palpar del corazón de todos los pueblos.

El *Repertorio Americano* es, más que cualquier otra de las series de publicaciones del maestro, un diario espiritual que nos muestra sus inquietudes, sus simpatías, sus esperanzas, sus indignaciones, su fe, su ideario, a través de todas las terribles marejadas de este conflictivo siglo. Y no me refiero a sus propios artículos, admirables, sin duda, pero que después de todo, a lo largo de la larga vida de su periódico, resultan escasos, sino a sus selecciones, cuidadosamente escogidas, según su espíritu.

Es interesante seguirlo, aunque solo sea superficialmente; alguien lo hará más a fondo.

El *Repertorio* comienza en la década de los veinte: allí están las críticas a los tratados de paz, generadores de conflictos; el planteamiento de una cultura universal antiguerrerista, de un nuevo humanismo; la unión esperanzada de Oriente y Occidente: Tagore y Gandhi; la lucha contra los imperialismos: Sandino; Puerto Rico; la Revolución Rusa; Lenin, Stalin, Trotski, Lunacharski; Wells, Bernard Shaw, el Dean de

Canterbury; la Dictadura en España: Primo de Rivera, Unamuno, la Generación del 98; la defensa de la libertad, de todas las libertades y derechos de los pueblos; Mussolini, el fascismo, Etiopía... etc., etc.

Década de los treinta: la gran crisis mundial; el surgimiento del nazismo, la ascensión de Hitler; (¡Alerta, alerta, civilización!); España: la caída de la Dictadura, el triunfo de la República (¡Esperanza, renace un pueblo!), Franco y la falange; la guerra civil: el asesinato de García Lorca; los milicianos: Dolores Ibarruri. El éxodo del pueblo español: niños, obreros, intelectuales... Antonio Machado, León Felipe, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Pablo Casals, y tantos y tantos más. Prisiones y campos de concentración... ¡José Hernández! Millares de exiliados en México y Chile: Pablo Neruda y su obra de salvamento...

Y, en la vecina Nicaragua, el asesinato de Sandino.

Década de los cuarenta: la Segunda Guerra Mundial: el éxodo de muchos pueblos; judíos e intelectuales del este y del centro de Europa, se refugian en América; los hermanos Mann, Einstein; el suicidio de Stephan Zweig; la caída de Francia: Petain, la Resistencia: Paul Langevin, los Joliot-Curie, De Gaulle. La lucha en Rusia: el sitio de Leningrado... Stalingrado... Pablo Neruda y su hermoso poema. El *Repertorio* lleva brújula, señala los tremendos peligros de deshumanización para el hombre que encarna el nazismo: la crueldad llevada hasta simas de locura, en los campos de concentración, los asesinatos en masa, las poblaciones y ciudades abiertas, arrasadas... ¡Todo el horror!... Pero también la esperanza: los hitos de la gran lucha, el triunfo seguro de las democracias.

Y luego, la bomba atómica: ¡Hiroshima y Nagasaki! ¡El gran peligro, el Horror Atómico!

Tras esto, la paz. Una paz triste, menguada en seguida... pero una pausa al menos... ¡La guerra fría!

Entra la década de los cincuenta con las guerras de Corea y del Vietnam. Paz es la Palabra Maldita: Gabriela Mistral, Bertrand Russell; China y su gran revolución.

En tanto, aquí, la guerra civil del 48: división, persecuciones, éxodo. Y los crímenes de los Dictadores en el Continente; el problema indígena, el de los campesinos, el de la autonomía de nuestros pueblos, el de los intelectuales perseguidos.

Todo está en *Repertorio*: Los problemas: su exposición, análisis y crítica, por los más autorizados, por los mejor enterados, el pensamiento rector de una época, de cada momento.

Don Joaquín no era un político, nunca lo quiso ser en el sentido vulgar de la palabra. Pero su *Repertorio Americano*, su diario espiritual, que sigue los movimientos de medio siglo, en arte, en literatura, en educación, es una cátedra cívica y lo revela como un certero pensador político, como un guía en los intrincados movimientos de esa índole, en el Continente y en el mundo.

Repito: en el *Repertorio* está don Joaquín: su ideario, sus inquietudes, sus anhelos y simpatías, sus luces. Está el maestro, ya lo dice él:

"Creo más en el magisterio de la prensa, que en el que pueda hacerse dentro de las aulas."

y,

"El Repertorio es una cosa tan personal que vive y muere conmigo; está pendiente de mi salud, de mi situación económica, de mis preocupaciones y estados de ánimo. Goza si gozo y sufre si sufro..."

"Publicar Repertorio es una manera de defenderme; no son ellos, los que lo reciben y leen por acá, los que ganan; yo gano más en hacerlo."

"El Repertorio, hacerlo, vivirlo, es una de las cosas que más me dan gusto, y me confortan. Yo se los mando como una manera de compartir el pan espiritual..."

De modo que él, don Joaquín, nos quedaba agradecido por recibir su dádiva, el pan de su espíritu. Mucho se ha escrito sobre el dar y el recibir... Sobre que "¡Vale más dar!", pero, ha habido muy pocos García Monges, que lo pongan en práctica.

Amaba mucho su periódico y a sus lectores. Recordemos que, cuando moría alguno de ellos, ponía una columna miliaria en las páginas de **Repertorio** y, siempre, junto a la nota necrológica, la frase: "Me quiso mi **Repertorio**." ¡El elogio sincero y profundo que salía de su corazón!

¿POR QUE ESCRIBO?

Siempre pensábamos, decíamos: ¿Por qué don Joaquín no siguió escribiendo?, ¿por qué no escribe más? La respuesta es sencilla: no tuvo tiempo, su labor editorial lo absorbió por completo. Y, ya lo dice él: "Soy más editor que escritor". Pero, ¡qué gran escritor fue!

Hay un artículo suyo, "¿Por qué escribo?", que reproduce Victoria Garrón en la antología con que acompaña su pequeño, cuidadoso estudio sobre don Joaquín.

"¿Por qué escribo?" es una lección de Maestro, aunque él no quería que lo llamaran así, y es su credo de escritor y artista.

En él declara como fuente de inspiración, "al pueblo costarricense". "Me interesa conocer cómo reflexiona y redacta, cuál es su comprensión de la familia, del niño, de los animales, del paisaje, de la justicia, de la amistad, de la proximidad, de la vida religiosa, de lo sobrenatural..."

Después defiende la sencillez en el estilo: "Es cuestión de temperamento, de convicción artística. Ya no me satisface la fraseología campanuda, declamatoria, pasada de moda, de la prosa y versería usadas en estos trópicos; ando en busca de lo interno, de lo que ocurre en el alma de los demás, de lo que otros no ven."

Exalta la "anécdota, —el chisme— como dice la suficiencia presuntuosa— es un excelente y perdurable motivo de arte. En ella se basa la literatura popular, que es eterna."

Y pasa a elogiar la literatura popular, en todas sus formas, como fuente de la otra literatura, la "refinada y elegante".

"De tal modo que actuales y futuros escritores nuestros hallarán motivos de inspiración y de estudio, renovadas sugerencias poéticas en los cuentos de la Tía Panchita o en las Concherías de Aquileo."

Aquí, un breve comentario: porque, aunque ahora algunos opinan que al Tío Conejo, el de nuestros cuentos populares, hay que descartarlo de todo hacer literario, cuánta razón tenía don Joaquín al pensar de modo opuesto, nos lo está diciendo el éxito de "Uvieta", la comedia de Alberto Cañas, tan bien lograda, que se inspira en el cuento del mismo nombre, recogido y narrado por Carmen Lyra, y en "chismes" pueblerinos.

Este credo artístico y literario de don Joaquín inspira toda su obra.

En el **Moto**, primicia de sus años mozos, apunta su penetración y comprensión del alma campesina y su capacidad para el relato breve, sobrio, en el que la emoción anda por dentro.

Pero su obra es **La Mala Sombra**, obra de madurez humana y literaria.

Siento que los quince cuentos de este libro conforman una sola unidad: la novela del campesino costarricense, en pequeños episodios, en brochazos admirables.

Caracteres y tipos; creencias, supersticiones, esperanzas, penas y alegrías, peones, mendigos y gamonales, acaparadores y desposeídos; el loquito, el impedido, el tonto; el amor generoso y la piedad, la ambición y la avaricia, la venganza rumiada largamente... El héroe de **La Mala Sombra** es nuestro pueblo, que se entra por distintas puertas y se nos muestra tal cual es en su drama, su fuerza, sus debilidades, pequeñeces y miserias; sus rebeldías y su resignación.

En **La Mala Sombra** el pueblo se nos entra por todas las puertas del alma, y nos la deja dolorida, sombría, llena de desgarraduras. Porque las cosas son así, y don Joaquín, su intérprete, lo sabe y, logra, en la sobriedad de su estilo, en el diálogo simple y directo, en el remate magistral de sus "anécdotas", entregárnoslas por entero.

La Mala Sombra, es la novela del pueblo costarricense, narrada en quince capítulos admirables.

CONVERSANDO CON DON JOAQUIN

Fue en 1936, cuando don Joaquín dejó la Biblioteca Nacional y nosotros, Carlos Luis Sáenz y yo, hubimos de trasladarnos a vivir a San José, que nuestro maestro y amigo, y no digo viejo, porque él nunca lo fue, nos brindó plenamente su amistad y apoyo. No puedo encarecer lo que esto significó para nosotros; baste decir que en esos días, muchos de nuestros amigos y compañeros de la Normal, se daban vuelta en la esquina, cuando nos vislumbraban por alguna calle, temerosos de encontrarnos, de verse obligados a hablarnos, a saludarnos. Podría costarles caro: ¡tal vez la pérdida del puesto!

El no tuvo nunca temores de este género. Desde muy joven, cuando apenas empezaba su labor docente, había perdido su cátedra, al solidarizarse con don Zacarías Salinas, su amigo y Director del Liceo de Costa Rica; después, en 1918, cesa en la Dirección de la Escuela Normal, como ya he contado, porque, fiel a su credo democrático, se enfrentó a la tiranía de los Tinocos; y, en 1936, pide su retiro... Don Joaquín se libró de muchos temores porque nunca aspiró a altas posiciones, ni a la riqueza, ni a los honores vanos. Fue, me complazco en repetir, como Omar Dengo y Carmen Lyra, como Juan Rafael Chacón y Juan Manuel Sánchez, maravillosamente pobre y, por eso, insobornable.

Y aquí cabe contar un hecho que guardo en el corazón:

En la campaña política de medio período, 1945-46, cuando en el país se respiraba un odio tan denso contra los comunistas, que se palpaba como un muro físico, Carlos Luis Sáenz, mi compañero, fue acusado de matar a un adversario, en un mitin en Escazú, en el que tomó parte como orador. Esto sucedió un domingo: en la mañana del lunes siguiente, la prensa se regodeaba con la noticia. Nadie mejor que yo sabía cuán falsa era, pero también sabía, que en aquel ambiente, era muy fácil amañar los hechos, y manchar para siempre un limpio nombre.

Me sentía muy acongojada. De pronto, alguien llamó a la puerta, serían, tal vez, las nueve de la mañana, ¡era don Joaquín! Don Joaquín que venía a darnos fe de su confianza, de su amistad, a decirnos que no nos preocupáramos, que la artimaña era muy clara y que en seguida se desvanecería, como sucedió en efecto.

Pero don Joaquín fue el primero en llegar a nuestra casa, en tomar cartas en aquel asunto, en mover a intelectuales y amigos y encabezar las acciones que dieron al traste con la iniqua calumnia. ¿Cómo olvidarlo?

Encontrar a don Joaquín, oírlo, sentirlo cerca, disfrutar de su apoyo y comprensión, era algo infinitamente confortador. El estaba allí, en su oficina, en su rincón de trabajo. Estaba para todos, para oírnos, alentarnos, aconsejarnos y aleccionarnos.

Nos hablaba de sus opiniones políticas: todos saben que nunca fue comunista, pero no hizo de los comunistas los brujos del siglo XX, réprobos, sólo merecedores de la hoguera. Jamás los menospreció ni los temió; comprendió sus ideales y aprobó sus esfuerzos por remediar la injusticia y resolver los enormes problemas que oprimen al pueblo. Sabía que la tarea era muy dura y no se apartó de ellos en los momentos más difíciles, ni les negó su apoyo y colaboración. ¡Esos muchachos... decía, son sinceros, valen!

Don Joaquín nunca le temió a las ideas. En "Esto les dije", corta declaración hecha por él a propósito de su candidatura para diputado, se expresa así: "A las ideas no las temo, por arriesgadas que sean, he reflexionado lo bastante la historia del Mundo para explicarme que las ideas hoy alarmantes y perseguidas, mañana se aceptan sin temor. Lo importante es que a su debido tiempo se discutan, se comprendan.

No fue comunista, pero sí un gran republicano, un demócrata y un socialista. Pero nunca se encastilló: creía, como buen demócrata, y lo defendió siempre, en el derecho del hombre a la libertad, a actuar y pensar según su espíritu; y en su derecho a la tierra, al pan, al trabajo y a la cultura. Mas no en el derecho de explotar al prójimo, ni en la libre competencia, tan defendida por los pillos que sólo aspiran a acaparar la riqueza y desposeer al pueblo. Estuvo siempre contra el latifundio, contra los monopolios y los trusts, contra las grandes compañías extranjeras del imperialismo, que se adueñan de nuestros recursos, de nuestro territorio, y pretenden enajenarnos el alma; y contra el militarismo, "el peor de los males que sufre nuestra América".

Le oí muchos discursos y conferencias sobre estos temas. Recuerdo, sobre todo, una, pronunciada poco después de la Segunda Guerra Mundial, habló de la libertad de América, tan regateada por gobiernos tiránicos y camarillas militares y políticas. Tomó como motivo de inspiración los Himnos Nacionales de nuestros países, para desentrañar en ellos el sentido de las revoluciones liberadoras en cada uno. ¡Era como un solo Himno a la libertad y al decoro! ¡Lo dijo con hermosísimas palabras! Como era su costumbre, empezó en tono bajo, lento; en este caso, leyendo, emocionado, el texto primordial de cada himno, para ascender, despacio, conforme se le encendían las ideas, a alturas de elocuencia que, conmoviendo al auditorio, lo hacían vibrar de entusiasmo, lo conquistaban.

Don Joaquín era muy elocuente; pero en sus discursos como en sus escritos, hacía a un lado el floridismo y, más aún, la demagogia. Su hablar era sobrio, sencillo, nunca pensando para ganar aplausos, sino para conquistar las mentes con su hermosura y profundidad, hermosura y profundidad de que lo revestía la altura de sus conceptos, de sus ideas.

Esperaba mucho de la Unión Soviética, (tenía gran fe en el pueblo ruso, en su capacidad de sacrificio, en su heroísmo), de su alianza con las democracias occidentales, de su triunfo contra el nazi-fascismo. En los años de la Guerra estuvo en la Sociedad de Amigos de la Unión Soviética, pronunció allí más de un discurso o conferencia, como lo hizo también en el Grupo de Amigos de la República Española.

¡Cuánto amó a la República Española y cómo soñó con el bienestar del pueblo español y con su acceso a todos los campos de la cultura! Y, ¡cuán amargo fue para él, el "Pronunciamiento de la Falange Franquista"! "—Otra vez la militarada en su papel de verdugo y conculcador de los derechos y libertades primordiales de los hombres,"— y la larga y cruenta lucha de los republicanos.

Allí íbamos, a su rincón, con el acerbo sinsabor de las derrotas, y a sumar esperanzas de resistencia y de triunfo final. El no hacía distinciones: ¡Manuel Azaña, Largo Caballero, Líster, la Pasionaria!... Todos peleaban por la República, contra la militarada, contra el fascismo, todos merecían el apoyo y la admiración de los pueblos.

Don Joaquín era profundamente cristiano: Creía en el mensaje de Cristo, en su Evangelio, en Francisco de Asís y Teresa de Avila, en el Cristo de Tolstoi, y de Dostoievski, en Juan Evangelista. Creía en el amor, en la proximidad, como en

los bienes supremos de un mundo de hombres verdaderos.

De su madre debe de haber heredado su religiosidad limpia y pura, sincera. De su madre, "—modelo de esposa, de viuda y de madre," "llena de amor y de dulzura,"— escribe, y agrega: "¿A dónde una mujer, que, como ella, no tenga un solo reproche para nadie, que la aventaje en hermosura de alma?—"

Las palabras de elogio para esta mujer estaban siempre en sus labios, la visitaba a menudo, y, de tales visitas, sacaba contento y fuerza. ¡Deben de haber sido encantadores los coloquios entre madre e hijo! La madre, decía, lo es todo para el hombre; hasta la buena salud de que disfruta, confiesa, se la debe a la suya. Fue mucho su dolor al perderla, al quedarse "moto". (La tremenda palabra con que bautizó su primera obra literaria). Siempre la llevó en el corazón y, con orgullo, en su apellido: muy pocas veces fue el señor García, sino: el señor García Monge.

Por su madre, su devoción a la mujer; su fe en un mundo venidero en el que ella laboraría a la par del hombre en la solución de los problemas sociales, en la creación de una nueva cultura.

Soñaba con ese mundo venidero, más humano y hermoso, en el que Oriente y Occidente fundirían sus caminos, en el que el trabajo sería más grato, el arte accesible a todos y, el ocio largo, para disfrutarlo; la ciencia, servidora del hombre; los bienes materiales repartidos equitativamente, y los valores espirituales la meta de la vida humana.

Y como amaba mucho a los niños, decía: para ellos será ese mundo, ellos lo verán, lo harán. Lo recuerdo, poniendo su mano sobre la cabecita de mi hijo mayor, y diciendo: este es un niño del aire!, sí, los niños actuales tienen algo nuevo, distinto; son del aire, alcanzarán a dominarlo; el aire también es espíritu.

Todo eso era parte de sus sueños y afloraba en sus conversaciones.

Hablaba de las profecías de Hostos. Varias veces las publicó en *Repertorio*: "Ahora entra en juego, en la dirección del mundo; la cuarta familia ariana, los eslavos, que dice Hostos. Así como a los anglosajones les toca demostrar que la libertad es derecho de todos los hombres y pueblos y privilegio suyo para dominar el mundo; a los eslavos les está reservado resolver los problemas del trabajo y del justo reparto de los bienes que éste produce. Esa es su misión, misión de justicia. Esperemos que la han de cumplir.

Y se entusiasmaba con lo de la apertura del Pacífico, como camino crucial del mundo. El Mediterráneo jugó su papel, lo mismo que el Atlántico, repetía con Hostos. Ya no será Europa sobre América, sino Asia y América, unidas a través del Pacífico, sumando sus culturas a las de Europa, las que hallarán las soluciones del futuro.

Ya he hablado de sus devociones: creía profundamente, en la necesidad de conocer a los grandes: santos, sabios, pensadores y artistas, de tener guías del pensamiento y de la acción. Elogiaba a Plutarco, porque escribió las *Vidas Paralelas*, —que él siempre recomendaba a los jóvenes. Hay muchos hombres merecedores de un Plutarco, para que los muchachos ten-

gan donde inspirarse, a quienes consultar e imitar. Hay que leer las biografías de los mejores; ninguna novela puede aventajar a una gran biografía.

Encomiaba el amor por los libros y la devoción por un libro "escogido". No es leer muchos libros, es leer profundamente, lo que más construye. Hay que leer y releer; repetir una y otra vez la lectura de las grandes obras. Muchos hombres se formaron leyendo un libro asiduamente, uno solo: la Biblia, el Quijote... De allí extrajeron todo su saber y sabiduría. En ellos se salvaron.

Lo conmovía la devoción de los jóvenes por sus "maestros"; es fructífera y creadora, repetía.

Envidiaba a Goethe que tuvo su Eckerman anotando amorosa y cuidadosamente en su Diario, sus "Conversaciones con Goethe", el pensamiento y las opiniones del maestro y genio alemán. Es una obra de consagración, de renunciamiento, de santa dedicación. Se necesitan hombres como Eckerman para que mucho del pensamiento de los grandes, no se pierda para siempre; pero no es fácil hallarlos.

Y hablando de Goethe, recomendaba siempre la lectura de *Años de aprendizaje* de Wilhelm Meister, como muy importante para los jóvenes.

Don Joaquín se mantuvo toda su vida fiel a su pueblo, a sus decires, a sus modos, a sus creencias. Recuerdo que a principios del año 27, recién muerto don Omar, enfermó de fiebre tifoidea. Hubo epidemia y algunos muertos en Heredia a causa de ella. Después de un largo mes, sané y, pasado algún tiempo vine a San José y fui a visitar a don Joaquín. Me acogió, como siempre, con mucha cordialidad. Conversamos de la muerte de don Omar, de mi enfermedad. Sabe, me dijo, yo estaba con el credo en la boca, seguro de que Omar se la llevaría... Como muchos difuntos se llevan a alguno de sus amigos o allegados!..

Claro, el hombre culto, racional, libre de supersticiones que había en él, no creía en esas cosas... pero el sentir y el pensar de pueblo, como un rescoldo vivo, se mantenía en el fondo de su alma. Y sospecho que le agradaba este su modo de ser, que lo ataba a sus raíces.

Fue un amigo muy leal: entre sus mejores amigos estuvieron Brenes Mesén, Carmen Lyra, Omar Dengo. A todos les brindó su admiración, su elogio por la obra realizada; trató de darlos a conocer, de exaltar sus valores ante el pueblo costarricense. Pero nunca condicionó sus opiniones políticas o filosóficas a las de ellos, aunque en mucho fueron coincidentes. No fue teósofo como don Roberto y don Omar, ni comunista como Carmen Lyra, ni tinoquista como Brenes Mesén. Su criterio fue absolutamente independiente.

Y, como amaba entrañablemente a Costa Rica, tenía devoción, además de por su pueblo, por todo lo bueno y grande que ella había producido: sus instituciones, sus hombres: por los que la engrandecieron y honraron, dotándola de leyes y normas justas y avanzadas: los Moras, el Doctor Castro, don Jesús Jiménez, don Mauro Fernández, don Miguel Obregón. Pero miraba con recelo a los leguleyos, a los "hombres de toga", como él decía, que todo lo amañaban, y al excesivo apego a la letra de la ley, del común de los costarricenses. Odiaba con acervo encono a los entreguistas y vende patrias.

Amaba a los escritores y artistas que honraban nuestras letras: Pío Víquez, Aquileo Echeverría, don Manuel de Jesús Jiménez, Magón, don Ricardo Fernández Guardia, Carmen Lyra, Quico Quirós, Juan Rafael Chacón, y tantos más; a los pocos que se dedicaron a la investigación científica: don Anastasio Alfaro y, sobre todo, Clorito Picado; y a los jóvenes de entonces: Max Jiménez, Arturo Echeverría, Carlos Luis Fallas, Yolanda Oreamuno, Carlos Luis Sáenz, Fabián Dobles, Rafael Estrada, Joaquín Gutiérrez, Amighetti, Juan Manuel Sánchez. A los escritores y artistas jóvenes les abría su **Repertorio** y les seguía las trayectorias amorosamente, regocijándose con sus avances y sus éxitos. Oyéndolo, yo recordaba a Goethe, cuando comentaba, hablando de Schiller que, "cada vez que lo veía, encontraba que había crecido". Don Joaquín veía cómo crecían y se superaban los jóvenes, con hondo regocijo.

Aquel rincón en la oficina de García Monge, como el de la salita de Carmen Lyra, fue semillero, plantel, escaño de universidad, capilla para la meditación...

Rincones de cordial amistad y coloquio, perdidos para siempre.

DON JOAQUIN

La casa de don Joaquín:
su vieja casa, de adobe y teja,
sencilla, acogedora.

La oficina:
dos gradas; la puerta de dos hojas,
entreabierta.

Una sala pequeña,
con piso de tablones anchos;
un escritorio grande,
—su mesa de trabajo—,
en ordenado desorden:
máquina de escribir,
papeles, tijeras,
colillas y gomera,
lápices, tintero, portaplumas;
una gran lupa;
alrededor, algunas sillas;
estantes desbordándose de libros,
de papeles impresos...
Pilas de libros
de revistas del mundo entero.
y el último número de **Repertorio Americano**,
recién salido de la imprenta,
en el suelo, junto a las paredes.
Arriba, en sus sencillos marcos,
los santos de sus hondas devociones,
los retratos de sus patronos
cívicos y humanos:
Sarmiento, Bello, Rodó,
José Martí.

Don Joaquín en su silla:
su cara fresca de campesino
sano;
pero no: su ancha frente,
sus ojos negros, penetrantes,
su sonrisa bondadosa
y escéptica a la vez,
su voz amiga...

¡Rostro y voz de maestro,
de sabio, de consejero,
de guía íntegro y noble!

En las manos
finas y blancas,
siempre un libro,
un escrito,
una nota...

Vivió entre libros
pero no era libresco, no,
buscaba en ellos
caminos a los hombres...

¡El camino!, el único;
el de sincero honesto ciudadano.
Ciudadano del mundo y de su Patria,
eso quiso que fuera cada uno.

Eso fue él,
¡sencillo y grande!
¡Ciudadano de América,
costarricense
íntegro!
¡Hombre que cargó al mundo
en sus desvelos,
en su angustia,
en sus mejores sueños y esperanzas!

Solitario, en su rincón,
a él venían, en cartas,
en libros,
a visitarlo,
los mejores hombres;
los centinelas,
los guías,
los profetas
de un tiempo,
de un siglo de tormentas y de horrores
¡apocalípticos!...

Don Joaquín y su **Repertorio Americano**.

¡Integridad!
¡Defensa de la Lengua,
de la grande y la pura
habla castellana
y del espíritu quijotesco
forjador de quimeras y de mundos
que lleva en su mensaje!

¡Integridad
de nuestra herencia entera
india, hispana y universal...
de nuestra herencia humana!

Pero, no, al vendedor de indulgencias,
al traficante de primacías, granjerías,
cargos y destinos.

No, al mercader del Templo;
no, al tirano depredador de pueblos,
sacerdote de vergüenza e ignominia.

Con ellos azote y látigo:
látigo de la palabra fulminadora, dura;
azote del acto entero, libre,
valiente, sin repliegues
ni sofistiquerías.

¡De eso fue maestro
en su vida,
en la cátedra,
en la tribuna pública
y en las páginas
de **Repertorio Americano**!

Supervivencia de GARCIA MONGE

Vicente Sáenz

A los 77 años de edad, en las últimas horas del mes de octubre de 1958, poco antes de oficiarse la primera misa en conmemoración del día de Todos los Santos, se apagó en mi pequeña Costa Rica la ejemplar vida luminosa de don Joaquín García Monge. Vendría con la siguiente aurora la conmemoración de los fieles difuntos. En ambas fechas simbólicas habrá entonces que rendirle tributo a don Joaquín: en una, por su sitio destacado en el santoral de la dignidad hispanoamericana; y en la otra, porque honrar y llevar en el corazón a los que ya pasaron, si fueron ciertamente fieles y dejaron sembrada entre nosotros su semilla de luz, es proclamar como hecho válido que la obra del espíritu prevalece por sobre la extinción de la materia.

Dicho en forma diferente, hay muertos insignes que no mueren, que siguen y seguirán viviendo, que se immortalizan, antes bien, cuando toman la barca mitológica que los conduce a su descanso eterno.

De esos muertos con vida perdurable tiene la cultura hispánica, entre los primeros, a nuestro don Joaquín: el paciente, el apostólico, el infatigable cohesionador de voluntades, de ideas y de inquietudes, que pudo mantener vivo, cerca de cuatro decenios, el milagro de su *Repertorio*.

Tocante a su humildad sin fingimiento sean prueba estas palabras, dirigidas a don Ernesto Rodríguez en 1929, según carta que reproduce el escritor y catedrático de la Universidad de Costa Rica, en su magnífica *Historia y Antología de la Literatura Costarricense*. Escribió en aquella fecha el maestro y compatriota inolvidable:

“Yo no tengo biografía. Aún no he hecho nada que merezca recordarse. Hace como cuarenta años que nací en Desamparados, en donde pasé al lado de mi madre mi niñez y la adolescencia. Hice los estudios primarios y secundarios en el Liceo de Costa Rica. Un día de tantos, se le ocurrió a don Justo Facio mandarme a Chile, a hacer estudios pedagógicos. Pasé en aquel país tres años, del 1901 al 1904. Volví aquí con carrera de profesor, que a saltos y brincos he ido recorriendo. En el camino me ha tocado ser director de la Escuela Normal y Secretario de Instrucción Pública. En ninguna parte he hecho nada. Ahora me refugio en la Biblioteca, sabe Dios hasta cuándo, mientras llega la hora de morir, que es la mejor. Hace como diez años me casé. Tengo un hijo que es toda mi ilusión. Si en algo he servido al país es con las ediciones. La *Colección Ariel*. *El Convivio* y *Repertorio Americano* anduvieron y andan por el mundo diciendo que en esta minúscula Costa Rica ha sido posible crear un hogar intelectual, una fun-

dación de fraternidad espiritual entre las gentes de habla castellana. Por este lado y por el de la pequeña obra literaria que haya realizado (*El Moto*, *La mala sombra*, etc.) tal vez me recuerden los venideros en la familia y en la patria.”

Así, tan bella y tan humildemente escribía don Joaquín en 1929, y así escribía quince, o veinte, o casi treinta años después. Modestia igual es difícil encontrarla en hombre de letras y otras artes, muy dados a encumbrarse, mirar de reojo y ofuscarse frente a quien no sea de su capilla o credo.

Mas no he de hablar aquí de vanidades, sino de la modestia consubstancial en García Monge. Ya lo hemos leído: “En ninguna parte he hecho nada”. ¿Nada? Las ediciones. Una pequeña obra literaria. Un hogar intelectual entre las gentes de habla castellana. Y concluía: “Tal vez (por eso) me recuerden los venideros en la familia y en la patria”.

Excuso decir que con preceptores de tan alta categoría ética y humana como él, Brenes Mesén, Omar Dengo, Montero Barrantes, don Napoleón Quesada, don Juan Dávila, don Justo Facio, tantos ilustres y sabios profesores más, igualmente desaparecidos, tuvimos los estudiantes costarricenses de mi generación — ¡cómo han pasado los años y los lustros! — un grupo magisterial tan excelente, y no exagero, como acaso sólo lo haya en la Sorbona. Respetuosa admiración por ellos. Y al dejar las aulas, amistad sincera, gratitud ilímite del alumno a su mentor, cariño entrañable para el resto de la vida.

Eso sentía yo por García Monge, por su bondad, su generosidad, su estilo paternal: cariño entrañable, que en mis viajes al solar nativo me llevó siempre a visitarlo. ¡Su emoción al abrirme la puerta! ¡Su sorpresa por cogerlo desprevenido! ¡Su sonrisa grata! Y nos uníamos en un estrecho abrazo, aún más estrecho cuando llegaba la hora de la despedida. Después, sus letras, su peculiar estilo cortado:

“27 julio 55.— Mi muy querido Vicente: Yo soy y llego a pedirle disculpas por mi tardanza en escribirle. Así me pasa con todos. Viera qué mal quedo con mi correspondencia. ¡Trabajo tan solo!”

Subrayaba el adjetivo solo, porque no le era posible tener secretario, ni mecanógrafa, ni mozo de mandados. Para esos lujos no le alcanzaba. Todo lo hacía él mismo en su pequeño despacho: desde reunir el material hasta corregir las pruebas de su *Repertorio*, haciendo a veces equilibrio, porque ya no cabían los libros ni los papeles recién llegados en su atiborrada mesa de trabajo; y llevar las cuentas de su mínima contabilidad, generalmente al Debe, y trasladarse también al correo con su menudo paso, “porque no hay más remedio que ir a firmar por tantas cosas certificadas que me llegan”.

¿No es acaso para conmovirse el apostolado heroico de este gran costarricense, prócer de las buenas letras que no producen, santo de la abnegación y del sacrificio, en mitad de este siglo de las máquinas, los consorcios, los anuncios bien pagados, la demanda urgente de intelectuales que se alquilen, el lucro y la comodidad a todo trance?

Sin embargo, jamás escuché de sus labios palabras de reproche contra nadie, que expresaran rencor o amargura. A lo sumo, en alguna de sus cartas "telegráficas", epístolas sintéticas de diez renglones, se dolía de nuestro inexplicable ambiente —"este polo de indiferencia en que aquí se vive"—, tan distinto del clima de oxigenación mental y moral que él deseaba para nuestra patria.

¡Desvío, indiferencia! Estos eran sus más fuertes vocablos, no obstante que lo tenían en realidad aislado, que se le ignoraba, que personas de mucha beatitud y viso lo señalaban como "peligroso bolchevique", y aún pretendían sus gratuitos adversarios negarle importancia al *Repertorio*.

Pero cerraba don Joaquín los ojos, se tapaba los oídos, se alumbraba con la luz interior de su propia conciencia, y seguía trabajando en lo suyo, en lo nuestro, en la cultura, en lo profundamente humano, en lo realmente justo, como Dios, su tenacidad y su heroísmo se lo permitían.

Al final de la carta que he seleccionado para bordar esta semblanza de García Monge, y que la escogí no sólo por lo que nos enseña de sí mismo, sino, además por su extensión sorprendente de 26 líneas, me contaba el homenaje al poeta sin par, a la sazón recientemente fallecido, Andrés Eloy Blanco: "¡Cuánto nos ha dolido su ausencia!" Y en medio de su pena sentíase don Joaquín muy complacido con los trabajos de Diego Córdoba, Luis Eduardo Nieto Caballero —cumplió asimismo, su jornada, sin torcerse este varón incorruptible de Colombia— "y un poemita de don Alfonso Reyes, que Dios se lo pague". A continuación me explicaba lleno de congoja:

"Lo suyo ya lo tengo levantado (ya está en prueba), pero no faltan contrariedades. A última hora me perdieron el original en la imprenta, y me hallo con que no puedo corregirlo. ¿Le sería posible mandarme una copia? Hágame el favor y discúlpeme. Espero unos días su respuesta, porque en mi modesto homenaje al gran don Andrés Eloy, aunque el número se retrasara, no puede faltar su preciosa colaboración. ¿Me disculpará? Y mándeme más. Usted es de los encargados de explicar muchas cosas a estas patrias. Para esto tenemos el *Repertorio*, aunque este año 1955 ha sido fatal para la revista. Viera con qué lentitud salgo ahora. Pero no me detengo".

Y no se detuvo don Joaquín sino al borde mismo de la tumba, siguiendo a Mario Sancho, Brenes Mesén, Clodomiro Picado, muertos más bien de frío del alma que de mal de cuerpo, en la inclemencia de la estepa.

Pero en el caso de García Monge, frente al "polo de indiferencia" de que ya se hizo mención, tuvo el contrapeso espiritual de un mundo invisible que lo rodeaba; que se hacía presente; que lo apoyaba desde lejos; que le daba vigor y ánimo en centenares de cartas y recados, como para no desfallecer ante

el despêgo —que tanto duele— de lo más querido por más propio y más cercano.

Cabe advertir, sin embargo, que toda esa corriente epistolar no era sino el mensaje individual —íntimo podría decirse— que sus admiradores y amigos le enviaban a don Joaquín como tributo. Algo menos reservado se logró hacer en junio de 1945, cuando un reducido grupo de escritores, con varios meses de retraso, resolvió celebrarle al *Repertorio* sus bodas de plata. Y algo más se pudo realizar en enero de 1946, al publicarse el número 1,000 de la benemérita revista.

Pero eso no era bastante. Había que reunir las voces dispersas del habla castellana; convocar a los más prestigiados valores culturales de Hispanoamérica y de la auténtica España; sentarlos a pensar y a escribir sobre García Monge; y ofrendarle así el mejor lauro —esencia del espíritu— que se pudiera poner en las manos puras de aquel hombre excepcional, toda bondad y limpieza de corazón.

¿Mas cómo hacerlo? Otro maestro de nuestra América, otro gran sembrador de ideales y de cultura, don Jesús Silva Herzog, concibió la noble empresa, la puso en marcha, expidió las invitaciones al sin igual convivio, y en enero de 1953 ya tuvo reunido, en preciosa edición de sus *Cuadernos Americanos*, a lo más selecto de ese mundo invisible que con su pensamiento, su amistad, sus cartas y sus recados apoyaban desde lejos a García Monge.

No pudo venir don Joaquín a recoger su galardón en México. Pero hasta su acogedor hogar del *Repertorio*, hasta su modesta casa en San José de Costa Rica, llegaron las adhesiones fervorosas, la estimación sin cortapisas, el hondo afecto de sus amigos, en 64 páginas emocionantes de la más autorizada revista contemporánea en idioma castellano, por lo que se refiere a decoro y altura de pensamiento. Allí, con García Monge, lo mejor de nuestra América y lo mejor de nuestra España.

Voces de todos los países de nuestra lengua —decía Silva Herzog en sus *Palabras Finales*—; voces limpias y claras de muchos de los mejores hombres; voces que nos han llegado de lejanos territorios: del mar, del río, de las llanuras, de las montañas. Y las voces, claras y limpias, se han juntado en estas páginas en rendido homenaje de simpatía y de admiración, al hombre bueno, al hombre grande de la pequeña Costa Rica".

Ahora descansa, ahora duerme este hombre grande de mi pequeña Costa Rica, que reaccionó a la postre honrándole como benemérito de la patria. Pero ya dije al principio que García Monge es de los muertos con vida perdurable, porque dejó sembrada entre nosotros su semilla de luz, y porque la obra del espíritu prevalece por sobre la extinción de la materia.

* Tomado de Brecha: Año 3, No. 6, Febrero de 1959, págs. 11-13.

En torno a una traducción de LA MALA SOMBRA

Julián González

“Nous semions alors des haricots. Mon compagnon s'appelait Proceso Vega. Nous étions voisins et amis. Comme d'habitude nous nous étions peu parlé”. Así empieza la narración de “Le Mauvais Sort”, versión en francés del cuento “*La mala sombra*”, de Joaquín García Monge, y uno de los quince relatos que forman el libro homónimo (1917).

El texto de “Le Mauvais Sort” es traducción de Georges Pillement, publicada en París en la *Revue de l'Amérique Latine* y reproducida en el REPERTORIO AMERICANO (XXXI, 2, p. 19, 12 de julio de 1930).

Al pie del texto viene una breve referencia a García Monge, también en francés, en la que se habla de su dedicación a la gloria de los demás, hasta olvidarse de sí mismo: “S'est consacré avec une si parfaite abnégation à la gloire des autres, qu'il s'est oublié lui-même”. Tal opinión expresa el concepto que de este abnegado hombre de letras y de claro pensamiento prevalecía en otras latitudes, donde su incansable trabajo era conocido y apreciado.

¿García Monge vertido al francés? Trataremos de responder a esta inquietud, por lo curioso que resulta leer uno de sus cuentos en esa bella lengua, tan colmada de buenos escritores.

En aquella época, primeras décadas de este siglo, Francia y Costa Rica habían desarrollado una gran amistad y se habían establecido nexos culturales muy fuertes. El cierre de la Universidad de Santo Tomás obligó a muchos costarricenses a emigrar para hacer sus estudios superiores. Sin desechar Suramérica, Estados Unidos y parte de Europa, Francia ejercía sobre los jóvenes estudiantes una especial atracción. París se preciaba de ser el centro de la actividad artística mundial. Con las excepciones del caso, nuestra literatura estaba adquiriendo un carácter europeo, acorde con las modas del momento. Por otra parte, era importante y necesario hablar y leer en francés, y no en vano la enseñanza de esta lengua en nuestros liceos tuvo mucho auge a la par del latín. Está por demás agregar, aunque cabe recordarlo, que nuestro sistema educativo sentó sus bases en la educación francesa, por influencia directa o por medio de España. La afluencia de profesores franceses a Costa Rica fue una de las más numerosas. En otros campos del saber, Francia dio aportes considerables a América, acentuándose más la correntada europeizante.

Vemos cómo el vínculo con Francia tenía raíces. Por esto no sorprende ver a tantos pensadores, científicos y literatos franceses en las páginas del REPERTORIO AMERICANO, que fue tierra de todos y “sucursal intelectual” de aquel París bullicioso y bohemio de posguerra.

estampar en su revista la huella perdurable de lo más selecto de la producción del hombre de letras, de ciencias y de arte, tanto en Europa, como de América y Asia. En el papel impreso todos ellos se daban la mano y compartían sus mejores frutos. Este “canje universal” hizo del “Repertorio” una caja de resonancia que todavía hoy se escucha y se respeta. Todo esto gravitaba alrededor de un hombre casi mago, humilde y grandioso que dirigió siempre esa publicación. Siendo tan conocido allende los mares, es lógico que su propia obra de escritor haya sido leída y estudiada por otros autores con quienes mantenía nexos de diversa índole.

Sin embargo, ¿qué habrá impresionado a los franceses de la narrativa de este singular escritor, nativo de un punto de América y poseedor de un corazón tan ancho como el mundo? Es de suponer que la lectura de sus cuentos despertara en aquellos la curiosidad por nuestro país, incipiente sociedad agraria, simple y llano y pintoresco, con una numerosa población campesina cuyos sentimientos y visión de mundo García Monge vivió y transmitió con lenguaje simple y limitado, en que pareciera “que surge de la historia, de la tierra, de la muchedumbre, a mostrarnos el sentido providencial del vivir en un pequeño pueblo del planeta”.¹ Por su parte, el relato es tan breve y sobrio que el sentido de denuncia allí implícito pasaría casi inadvertido en *La mala sombra*. La objetividad llega a extremos cuando el mismo don Joaquín narra la historia desde adentro. Pareciera, con su aparición, plantear con más vehemencia el problema siempre vigente de la condición socioeconómica del campesinado latinoamericano. Solo que el campesino de *La mala sombra*, que es el de García Monge, es muy costarricense: callado, melancólico, creyencero, pesimista y parco en la expresión. Todas estas son características muy a tono con el estilo del autor, que no por ello deja de ser profundo en sus apreciaciones.

En lo referente a la traducción, muy acertado el uso de la voz francesa “sort” (suerte, fortuna, sortilegio, destino), más expresiva que la misma palabra francesa equivalente a sombra —“ombre”—, cuyo sentido no coincidiría exactamente con el que García Monge le confirió, al hablar de una “mala sombra” que se cernía sobre la vida de Proceso Vega y no lo abandonaría hasta acabar con él.

Por último, cabe resaltar la fidelidad de la traducción y el buen tino en el empleo del léxico, con lo que la obra original no pierde su sentido múltiple de cuadro de nuestra vida rural, hondo sentimiento humano (que le da permanencia), y denuncia de la realidad campesina.

NOTA

1. Omar Dengo: “Fragmentos de crítica”. *La mala sombra*, San José: Editorial Costa Rica, 1979.

Llevado por ese espíritu universal, don Joaquín supo

UNIDOS POR LA CULTURA: la Vicerrectoría de Extensión y García Monge

María Bonilla Picado

Por una dichosa coincidencia, la Universidad Nacional, a través de la Vicerrectoría de Extensión, dio inicio al Año Nacional Joaquín García Monge, con la transmisión de un documental, UNIDOS POR LA CULTURA, el 20 de enero de 1981, día de su nacimiento.

Decimos dichosa coincidencia, pues la vocación de don Joaquín parece coincidir con la vocación de la UNA, que con grandes limitaciones económicas y técnicas, han colocado como prioridad, el rescate de los valores de la cultura costarricense.

La extraordinaria labor de don Joaquín como editor del REPERTORIO AMERICANO, su profundo humanismo americanista, su búsqueda de la esencia cultural de Costa Rica, su preocupación por el lenguaje, por el alma y el paisaje costarricenses, son aspectos que se recogen en este documental de treinta minutos, color, que la Vicerrectoría de Extensión realizó para la televisión, y con el cual la UNA toma la responsabilidad de continuar la labor de don Joaquín. Responsabilidad que significa la edición continuada desde 1974 del REPERTORIO AMERICANO, dirigido por la Lic. María Rosa de Bonilla, la estructuración de la CATEDRA JOAQUIN GARCIA MONGE, bajo la dirección del Dr. Jorge Charpentier García, cuyos objetivos coinciden con el documental UNIDOS POR LA CULTURA de difundir y valorar la huella profunda que don Joaquín ha dejado en la vida cultural del país.

UNIDOS POR LA CULTURA, que toma su nombre de un artículo de don Joaquín, pretende unir, a través del ensayo cultural, la vida y obra de García Monge, ejemplo de gran vigencia para la realidad cultural costarricense, los objetivos y tareas de Extensión en la UNA y el hombre de América Latina.

Estructurado siguiendo el poema *Silencio para un muerto* de Isaac Felipe Azofeifa, UNIDOS POR LA CULTURA nos muestra aspectos relevantes, algunos poco conocidos, sobre la vida y obra del autor de EL MOTO.

Con un guión de Jorge Charpentier y María Rosa Picado de Bonilla, el documental recoge textos literarios y políticos de don Joaquín, sucesos históricos de la Costa Rica de entonces, —como la acción de los Tinoco— y recuerdos de personajes de importancia cultural para América Latina, como Hilda Chen Apuy, Isaac Felipe Azofeifa, María Eugenia Dengo de Vargas, Jorge Charpentier, Adela Ferreto, Lilia Ramos y Victoria de Doryan.

Dirigido por Gabriel Bonilla, coordinado y producido por María Bonilla, nos muestra la Heredia de 1920, con una labor de equipo en la que constituyó un factor de primer orden, la

participación del Dr. Eugenio García Carrillo, representando la figura de su padre, García Monge.

Además, se contó con la valiosa colaboración de la Municipalidad de Heredia, la Gobernación y la Empresa de Servicios Públicos, Ana Bonilla y Ana Lorena Suárez como asistentes, la Asamblea Legislativa y el Liceo de Heredia, así como el personal técnico de Canal 7 y el actor Gerardo Bejarano.

UNIDOS POR LA CULTURA se ha transmitido por Canal 7 y 13, en escuelas y universidades del país, llegando hasta el momento a unos 450.000 espectadores y está a la disposición de asociaciones, liceos, colegios y comunidades del país en calidad de préstamo.¹

La UNA cumple así, a través de la Vicerrectoría de Extensión, su compromiso con el pueblo de su Costa Rica, con el hombre de América Latina y su proceso cultural.

1 Vicerrectoría de Extensión, Apdo. 86, Heredia, Costa Rica.
Edificio Administrativo, segundo piso.
Teléfonos: 37-63-63 ext. 25 — 37-81-55



Don Joaquín García Monge y la intelectual costarricense Gilda Chen Apuy frente a la oficina del Repertorio Americano. Foto del recordado escritor salvadoreño Ricardo Trigueros de León.

Un capítulo olvidado de la vida de DON JOAQUIN GARCIA MONGE

Este capítulo, tomado de la biografía
EL HOMBRE DEL REPERTORIO AMERICANO
trata de sucesos ocurridos entre 1910 y 1919

Eugenio García Carrillo

La señorita Marian Le Cappellain tuvo a su cargo la Dirección del Colegio Superior de Señoritas desde 1888 hasta 1908. Le tocó recibir allí enseñanza a la señorita Celia Carrillo desde 1894 hasta 1897 cuando obtuvo su Certificado de Estudios Secundarios y algunos años más tarde el de Maestra Normal. En ese tiempo se estimaba mucho la llamada cultura social en la mujer y con el deseo de mejorar sus conocimientos de la lengua inglesa y perfeccionarse en pedagogía infantil estuvo doña Celia en Nueva York en 1907 y 1908. No llegó a ponerlos en práctica pues en 1909 se casó con el señor García.

El señor García había fundado una librería llamada Lectura barata, asociado con don José María Zeledón (Billo), y su socio, junto con su esposa doña Ester Venegas, fueron los padrinos de la boda. Don José Urgellés le hizo los muebles.

Don José Basileo Acuña da estos datos sobre doña Celia:

Don Joaquín y don Roberto (Brenes Mesén) tenían vínculos de familia. El uno casó con doña Celia Carrillo Castro. El otro casó con doña Ana María Carrillo Castro, hermana de doña Celia. A doña Celia la conocí cuando yo estaba muy joven. Sucedió que mi hermana mayor, Enriqueta, junto con la señorita Nora Alvarado (hija de don Felipe Alvarado) y la señorita Celia Carrillo, fueron enviadas por sus respectivos padres, a una institución docente católica a educarse, llamada Saint John's College, en Brentwood, Long Island, U.S.A. Cuando regresaron las tres, tanto doña Nora, después señora de Salazar, como doña Celia, después de García Monge venían a menudo a mi casa a visitar a mi hermana. Aunque a los chalines no se les permitía ir a la sala cuando había visitas, yo me acuerdo mucho de doña Celia porque vestía elegantemente, era muy afable con mi hermana menor y conmigo, además muy alegre. Enriqueta se sentaba al piano y las tres cantaban canciones de moda de aquellos tiempos. Recuerdo una que comenzaba: "Take me back to New York town, New York town, New York town" (cantada en inglés por ellas). Había otra que cantaban en francés: "La petite tonkinoise, ton-ton kí-kí, ton-ton-ki-noise". Luego tomaban el té y doña Celia nos contaba historias del colegio. A mi hermana y a mí se nos concedía el privilegio de estar presentes, siempre que nos portáramos bien".

Doña Celia fue excelente costurera y mediante su esfuerzo de toda la vida ayudó mucho económicamente a su esposo.

Cuando ocurrió el terremoto de 1910, que dejó inhabitables muchas casas antiguas de San José, hubo pérdidas en el hogar de los García que residían en el edificio del Liceo de Costa Rica. Fue necesario buscar casa en el campo. Doña Jesús

Castro, madre de doña Celia, que manejaba su hacienda como suelen hacerlo las viudas, repartiéndola, le había donado una propiedad hacia el lado este de la ciudad, sobre una pintoresca colina (en esos días). Hoy, entre las compañías Tabacalera y Dos Pinos.

Para llegar hasta allí se cogía por el camino al vecino pueblo del Zapote y se doblaba a la derecha antes de llegar al primer riachuelo, por una vereda enzacatada bordeada de porós, higueros y moras. A poco andar se topaba con una modesta casita de madera que doña Celia supo adornar y hacerla placentera. Tenía un corredor al frente y la sombra de un arrayán. Un perro guardián y el cacareo de aves de corral.

Escribía don Mario Sancho:

"Pero como me gusta más rememorar su figura llana y bondadosa, (la de don Joaquín) es teniendo por marco aquella su finca del Turrujal a donde íbamos a verlo sus amigos los domingos, a hablar de escritores y de poetas y a tomar un té excelente preparado y servido por las gentiles manos de Celia.

¡Dichosos tiempos idos!... Recordándolos me suelo poner casi 'ridículamente sentimental'. Un fresco hálito de campo, de idealidad y de cariño viene a refrescarme las sienes atristadas por miserables preocupaciones.

¡El Turrujal! ¡Ah qué lindo refugio era ese para soñar, para leer, para meditar serenamente en las grandes empresas de la inteligencia y del corazón! Allí iba a asilarse García Monge, entre sus libros y entre sus almas amadas: Celia y Eugenio, después de dar sus clases de literatura en el Liceo y en el Colegio de Señoritas. Allí lo encontrábamos siempre dispuesto a la charla matizada de anécdotas, de risas sin filo y de burlas sin veneno. A veces desertaba de la biblioteca que ocupaba todo un cuarto de la casa, en estantes rústicos hechos a la diablo, y se iba a sembrar frijoles invernicos, a matar hormigueros con creolina, o a conversar con sus conchos, sus queridos conchos, cuyos trabajos, lástimas, supersticiones, amores y penas le han interesado desde muy joven, desde que comenzó a escribir novelas.

Le encantaba ponerse en facha de campesino, obedeciendo quizá al instinto agrario de sus abuelos, y vivir en grato contacto con la naturaleza pródiga y maternal.

En tales ocasiones nos hablaba de su deseo de dedicarse por entero a la agricultura, el más viejo, más noble y más hermoso oficio de los hombres, de su gran placer en sembrar la tierra, cuidarla, y abonarla con amor."

Contaba don Rómulo Tovar:

"Yo lo ví de joven sembrar la tierra. Pero no la sembraba como los demás, con la inconsciencia que da el oficio o el egoísmo, cuando lo que se espera de la tierra es simplemente provecho. El sembraba la tierra como un enamorado, la trataba con pasión, hablaba de ella con la espiritualidad de un amante. Yo veía el puñado de tierra en sus manos y me parecía que iba a florecer en rosas. Era desde luego un soñador, pero lo cierto es que la tierra nativa formaba parte esencial de su alma."

Don Omar Dengo evocaba así al santo labrador:

"Recuerdo que de la humildad me hablaba una vez García Monge. De la humildad todopoderosa de la tierra. Fue una tarde que lo encontré vestido de labrador, abriendo un surco para plantar árboles. Vea, —me decía, —con qué encantadora humildad obedece la tierra a las súplicas del esfuerzo. Y cómo es de agradecida y generosa. Cada terrón de estos se va a convertir en el alma de un árbol. ¡Ah! cómo comprendo y amo el afecto de Tolstoi a la madre tierra.

'Hay que enamorarla', como decía Eduardo Talero. Yo quiero que mi hijo sea cultivador de la tierra, que plante jardines, que críe abejas y lea a Virgilio".

Cuando el señor García dejaba de lado la pala y el rastrillo vigilaba sus ediciones que comenzaron en 1906 con cierto éxito siguiendo aquel sencillo lema "hagamos reflexionar a las gentes".

La Imprenta Alsina era la meta usual. Hoy: Edificio Ferencz. Se entraba por una puerta lateral al costado norte y pasando un cancel se penetraba en una amplia sala con claro techo vidriera. Allí era el taller del hábil tipógrafo catalán don José Faja. Un delantal sucio recubría la amplia redondez de su vientre; sus manos regordetas eran diestras en manipular cuanto letra de molde que por doquier había, de todos tamaños y formas, y que servían también de juguete al hijo de don Joaquín cuando iba de visita.

En contraste con el maestro tipógrafo, don Avelino Alsina y Lloveras era lo opuesto y su porte enjuto y barbilla encanecida lo volvían medio quijotesco; tal vez por eso tenía afinidad con don Joaquín. Este recuerda que lo estimó y quiso. Con él editó los cuadernos de la Colección Ariel, de las Ediciones Sarmiento, de La Obra, del Convivio, del Repertorio Americano. El señor García calculaba como en ciento cincuenta mil colones lo que en un cuarto de siglo habían pasado "de sus manos limpias" a la Imprenta Alsina.

Entre Alsina y el Correo —algún día— ocurrió seguramente la anécdota que sigue:

"Cuenta Mejía Vallejo que un día un extranjero vio cómo un señor entrado en edad, de aspecto jovial y generoso, salía de la imprenta con un cerro de periódicos debajo del brazo.

—¿Me vende un diario, viejito? —habló el extranjero— pero... —balbuceó— Es el Repertorio Americano'. Bella esa labor suya de repartir la revista de este ilustre costarricense que se llama Joaquín García Monge. ¿Lo conoce Ud.?

Entonces el otro respondió sonriente:

—Algo, algo... yo soy García Monge.

La estupefacción del extranjero no tuvo límite y vio alejarse a García Monge con paso rápido hacia el correo, gozoso de haber sido confundido con un vendedor de periódicos".

Cuando los hermanos González Flores fundaron la Escuela Normal en Heredia, don Alfredo como Presidente y don Luis Felipe como Ministro de Instrucción Pública, abrieron la puerta para que al inicio del curso en 1915 los señores Brenes Mesén y García Monge encontraran otro ambiente para echar el vino de la nueva pedagogía en odres nuevos. Esto fue durante poco tiempo, pues don Alfredo fue derrocado por su Ministro de Guerra don Federico Tinoco.

Nada más acorde con el temperamento de don Joaquín que la nueva tendencia a terminar con el enclaustramiento escolar y buscar en la naturaleza y en la sociedad el medio y el fin de la educación humana.

Corina Rodríguez resume así sus impresiones:

"No se me había ocurrido nunca que la escuela y el hogar tenían que ir a la par, que la socialización de la escuela era necesaria, que la educación vocacional estaba totalmente descuidada y otras tantas cosas que los pedagogos dicen y que García Monge desde ese tiempo practicaba."

Para García Monge se trataba de crear

"el sitio amable para los jóvenes; en donde hallen palestra, diálogo, amistad, en donde la alegría de la libertad, el amor al estudio, a la belleza y al bien, sean normas de vida".

En 1916 era funcionario de la Normal el señor Rafael Salas, a quien don Joaquín le encomendó alguna función administrativa en su publicación Colección Ariel. Años más tarde, en 1956, le encargó recoger sus artículos dispersos. Mucho de valor publicó Salas en El Noticiero y de allí sacamos la siguiente anécdota de los años que vamos relatando.

"Muchas tardes, entre las cuatro y las cinco, después de terminadas nuestras tareas, íbamos a caminar por la calle de Barba, casi siempre, un grupo de profesores acompañados de don Joaquín García Monge. Hacíamos estas cortas caminatas, por higiene y por disfrutar de la belleza del paisaje.

Allá un día le llegó a don Joaquín el rumor que lanzaba la maledicencia: "Un grupo de profesores jóvenes, acompañados de García Monge van a verse, por las tardes y en las afueras de la ciudad, con señoritas estudiantes". Don Joaquín comentando ese decir agregaba: ¡Qué le vamos a hacer!... ¡Así son las gentes!"

En una gran asamblea en que se hallaban reunidos, a más del alumnado, los maestros y gran número de padres de familia, el maestro García Monge, sin aludir al rumor, hizo el más bello y vehemente elogio de las tardes heredianas, de la montaña de Barba, de sus pintorescos alrededores. Una frescura juvenil había en sus descripciones y algo tan sutil, que se metía en el alma. La Asamblea al terminar, prorrumpió en aplausos. Los heredianos se sentían orgullosos de su tierra nativa. Yo me acerqué a don Joaquín y le dije: "Qué bellos elogios les ha hecho usted, a estas gentes, de sus montañas y paisajes". —"Machito, aproveché el rumor..." No, maestro —le repuse ¡mató el rumor!..."

Recuerda el señor García que la Asamblea periódica de Graduados de la Escuela Normal se creó en su tiempo.

"Con el ánimo de que la Escuela siguiera siendo para ellos la casa de juntarse y de quererse. Con ello se quiso también mantener en los graduados lo que llamaba don Arturo Torres 'el espíritu de la institución'; que la Escuela siguiera viviendo en el aprecio y en el cariño de los estudiantes, que al darse cita y volverse a ver, los graduados se contarán cómo habían honrado y servido con sus frutos a la Escuela en la ausencia. En un principio se consiguió también que la cita anual motivara en la Escuela el sentimiento filial de obsequiarla con algo: un libro, un cuadro, una planta, etc. A más de la alegría y ternura de volverse a ver y juntarse, en un abrazo, a lo largo de los años."

Recuerda don Omar Dengo lo que sucedió un día de 1918:

"Permitidme que recuerde con brevedad el historial de esta fecha (la reunión de los antiguos graduados). Celébrase la vez primera en abril de 1917, a pedido del señor García Monge, entonces Director de la Escuela, para conmemorar su inauguración, ocurrida en 1915. Los Graduados trajeron al festival su ofrenda y así, al año siguiente, ya habían adquirido un nuevo significado: tras recordar el día de la Escuela, comportaba un homenaje a los Graduados. Pero tal segunda celebración fue en cierto modo trágica. Coincidió con la fecha en que la destitución del señor García agraviaba hondamente a la Escuela. Los Graduados llegaron otra vez con su ofrenda a encontrar a la madre conmovida en los hondones luminosos de su ser por un dolor profundo."

La causa directa del enfrentamiento del señor García con el Gobierno fue la intromisión de la soldadesca en la Escuela Normal.

Corina Rodríguez recuerda:

"Siendo él el director de la Escuela Normal de Costa Rica, los perros de caza, los instrumentos de la tiranía, perseguían a Rogelio Fernández Güell y querían pernoctar en la institución educacional para emprender la persecución al día siguiente y entonces el apóstol protestó."

Vino la destitución y cayó también el ministro, su compañero Brenes Mesén. Don Joaquín recurrió a justificar la labor de Brenes Mesén, y la suya propia en varios artículos de la revista *La Obra* que por entonces editó, pero el clima social y político del país se tornó insufrible para ellos y se exiliaron en Nueva York, voluntariamente.

Un recuerdo de esos tiempos, escrito por el señor García:

"Conozco la dictadura; durante 8 meses supe de su pan amargo y en el destierro."

El destino del señor Brenes Mesén, quien ya conocía el medio norteamericano, quedó sellado desde entonces, dedicándose a la carrera docente universitaria. En cambio, el señor García no encontró campo propicio para las actividades editoriales que tenía en mente y decidió regresar a su país. De su viaje a Norteamérica conservó un recuerdo de estima hacia los Estados Unidos aunque siempre combatió al llamado imperialismo norteamericano.

El señor García recuerda cómo en 1919 le tocó hablar ante el Capítulo de Profesores de Español de la Universidad de Columbia. Dio una conferencia en el Kent Hall acerca de Cómo habían visto a los Estados Unidos Sarmiento y Martí.

En este tipo de temas don Joaquín era un experto pues ya anteriormente había tenido ocasión de dar un ciclo de 16 conferencias en el antiguo Ateneo de Costa Rica acerca de Hombres de América: Sarmiento, Martí y Emerson. Esta fue afición muy reiterada cuando era invitado a las escuelas.

En Nueva York el señor García hizo traducciones para The Foreign Press Service y trajo una certificación fechada el 8 de julio de 1919 firmada por el Director de la Pictorial Review en cuya edición en español colaboró durante varios meses. Dice en parte:

"Nos es grato hacer constar que el trabajo del Sr. García Monge ha sido en todo momento satisfactorio, y que sus traducciones, artículos editoriales, etc. han merecido nuestra completa aprobación.

Su laboriosidad, constancia en el trabajo y atento proceder nos hacen recomendarlo con todo interés a aquellos que puedan necesitar de sus servicios". (Rómulo M. De Mora).

A la caída del Gobierno de los Tinoco sucedió el general Juan Bautista Quirós quien debía, o hacerse a un lado para que subiera un gobierno de unión nacional, o convocar a elecciones. Una delegación de unos cincuenta vecinos de San José, en-

tre los cuales se contaba el señor García, visitó el primero de setiembre de 1919 al general Quirós y el señor García tomó la palabra con frases que hoy, por su hondo sentido autobiográfico, conviene reproducir por lo menos el comienzo:

“Don Juan:

Con todo cariño, con toda sencillez, como un hijo al padre bueno, quisiera hablarle en este solemne momento.

Ambos del campo venimos, ambos somos hijos de la misma tierra maternal que en la niñez y en la mocedad nos vio cruzar por sus campiñas floridas. Tal quiero ser hoy, humilde campesino y maestro de escuela, que habla a la patria misma en la persona del modesto mandatario que la representa.

Realmente da la vida muchas vueltas. Quién me dijera, días antes, que habría de subir ahora en la misión que me han encomendado, al Castillo Azul, que llamaría Casa, así, dentro del sentido democrático y familiar de la palabra, ya que lo de Castillo nos trae recuerdos de fuerza, de barbarie humana. Quién me dijera que Ud., don Juan, en esta sala, habría de tenderme alguna vez la misma mano franca que en otros días tendió bajo el techo hospitalario de su casa, al que fue instructor de una de sus dignísimas hijas. Esta acogida amable nos llena el corazón de fe y de confianza y siento que las ideas se me aclaran en la cabeza.

Todos lo sabemos, yo no soy un politiquero de oficio, vivo retirado en la soledad de mis estudios, a donde ha ido a buscarme este grupo de ciudadanos que me acompaña. Pero no soy un espectador impasible; es muy sentido mi amor de patria y pueblo costarricense, y nada de lo que a ellos se refiera puede serme indiferente. No busco la política, pero tampoco la desdeño. Yo sé que las posiciones políticas llegan precisamente cuando no se las busca, y creo que entonces sí pueden ser fecundas. Cumplo, pues, con un deber de ciudadanía al acompañar a estos caballeros y traer a esta casa una voz sincera. Voz del pueblo porque yo vivo en contacto con muchas personas. Oigo a obreros, oigo a estudiantes y maestros, oigo a letrados y a mujeres. Campesino soy y con ellos me codeo también. Mi voz podría ser la voz de la ciudad, la voz del país, que para evitar dificultades a su gobierno naciente, se ha puesto aquí en pie. Sabemos que en estos días alarmantes, el mitin de ciudadanos puede finalizar en tumultos. Por lo mismo, esta comisión ha preferido, al amparo de esta sala, reunirse en su compañía y hablar de cosas que a la patria interesan”.

La Junta de Notables acordó por mayoría aconsejar al Señor Designado General Quirós, que llamara a la presidencia al Lic. Francisco Aguilar Barquero, y que éste, formando un ministerio de unión nacional, convocara cuanto antes a nuevas elecciones.

El señor García fue llamado por el señor Aguilar Barquero para que lo acompañara en el gabinete como Secretario de Instrucción Pública. De su paso por el ministerio dejó estas opiniones personales:

— “Las cosas del destino me han traído por unos días a la Secretaría de Instrucción Pública. Aquí estoy pues, sirviendo como pueda a la Patria. Sin quererlo, tengo una posición política... Le tengo mucho miedo a la política lugareña de estas Américas y tengo poca fe en la acción pública de un hombre como yo”.

— “Yo también cuando llegué a la Secretaría de Educación, a la caída de los Tinoco no ejercí represalia alguna con adversarios que se hacían acreedores al respeto del Gobierno. Estoy seguro de que no maltraté a nadie”.

Repertorio Americano

SAN JOSE, COSTA RICA - 1981

Eugenio García Carrillo

EL HOMBRE DEL... DEL...

Corporación Costarricense de la Cultura.

El hijo de Don Joaquín, el Dr. Eugenio García Carrillo, ha escrito una muy sentida biografía de su padre, en donde, acertadamente, reúne, en un lenguaje claro y vivo, lo más significativo de su pensamiento y obra de Don Joaquín.

Esta obra, necesaria en toda biblioteca, servirá de guía e inspiración a maestros, profesores y en fin, a todo aquel que quiera servir a su patria como Don Joaquín.

Felicidades, pues, a Eugenio García Carrillo, por haber escrito esta obra.

Editorial STV Autónoma de Costa Rica

En esta memoria, la Universidad de Costa Rica, realiza un trabajo editorial, al publicar la biografía de Don Joaquín García Carrillo.

De esta forma, la Universidad de Costa Rica, cumple a cabalidad su deber de servir a la patria, al publicar esta obra.

Toda labor editorial debe verse complementada por una buena distribución, y en este sentido, la Corporación Costarricense de la Cultura realiza un trabajo admirable, ya que lleva el libro hasta el propio interesado, sea este maestro, profesor u obrero, logrando de esta forma llevar cultura y educación hasta aquellas personas que nunca antes habían tenido acceso.

Esta labor de la Corporación Costarricense de la Cultura es, sin duda alguna, admirable.

Eugenio García Carrillo

Corporación Costarricense de la Cultura.

El Dr. Eugenio García Carrillo, ha escrito una muy sentida biografía de su padre, en donde, acertadamente, reúne, en un lenguaje claro y vivo, lo más significativo de su pensamiento y obra de Don Joaquín.

Esta obra, necesaria en toda biblioteca, servirá de guía e inspiración a maestros, profesores y en fin, a todo aquel que quiera servir a su patria como Don Joaquín.

Felicidades, pues, a Eugenio García Carrillo, por haber escrito esta obra.

Editorial STV Autónoma de Costa Rica

En esta memoria, la Universidad de Costa Rica, realiza un trabajo editorial, al publicar la biografía de Don Joaquín García Carrillo.

De esta forma, la Universidad de Costa Rica, cumple a cabalidad su deber de servir a la patria, al publicar esta obra.

Toda labor editorial debe verse complementada por una buena distribución, y en este sentido, la Corporación Costarricense de la Cultura realiza un trabajo admirable, ya que lleva el libro hasta el propio interesado, sea este maestro, profesor u obrero, logrando de esta forma llevar cultura y educación hasta aquellas personas que nunca antes habían tenido acceso.

Esta labor de la Corporación Costarricense de la Cultura es, sin duda alguna, admirable.

Eugenio García Carrillo

Corporación Costarricense de la Cultura.

DON JOAQUIN GARCIA MONGE y la novela costarricense

Ivonne Robles

En las presentes líneas se pretende elaborar una reseña de la tesis de grado de Yolanda Muñoz: *Joaquín García Monge y la Novela Costarricense*, presentada ante la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica en 1955.

Después de revisar diferentes referencias bibliográficas, se comprobó que la tesis en resumen, a pesar de que se estructura sobre un método de trabajo que diverge bastante de los que hoy se siguen en investigaciones de esa naturaleza, tiene el mérito de ser el primer documento que, de una manera organizada, recoge y presenta la fructífera vida de García Monge.

En el prólogo de la tesis la autora señala, a manera de justificación, que el propósito de su trabajo es contribuir al estudio de la literatura nacional. Asimismo, apunta que el revisar la novela costarricense desde un punto de vista de su desarrollo histórico, la motivó a investigar sobre el autor y la obra del iniciador de esta modalidad narrativa en las letras costarricenses: don Joaquín García Monge.

De acuerdo con los objetivos propuestos, la Licda. Muñoz, evidentemente, orienta todos sus esfuerzos a reconstruir la biografía de don Joaquín, y para realizar su empresa se apoya, principalmente, en datos suministrados por el mismo escritor, en fuentes textuales y periodísticas, y en cierto material panegírico que le permiten presentar y enaltecer la polifacética personalidad de García Monge y referirse ampliamente a sus principales actividades: estudiante, escritor, conferenciante y editor.

Con el fin de ubicarlo en la historia de la literatura, la Licda. Muñoz emprende un recorrido histórico literario y concluye que la verdadera literatura costarricense apareció a principios del siglo XX, dato que coincide con la fundamentada opinión de Don Abelardo Bonilla quien sostiene que la producción literaria costarricense "nace con el realismo, en los últimos años del siglo XIX y los primeros del actual".¹

Refiriéndose concretamente a la novela, apunta que este género nació con las "novelitas" de don Manuel Argüello Mora; no obstante confronta criterios de Francisco María Núñez, José Fabio Garnier, Rogelio Sotela y León Pacheco que le permiten deducir y expresar que el verdadero precursor de la novela costarricense fue don Joaquín García Monge. Agrega, además, que *El Moto*, *Las hijas del campo* y *Abnegación* son muestras enmarcables en el género literario de la novela (corta) y corrobora su afirmación apoyándose en algunos postulados de la Preceptiva Literaria que, específicamente, se refieren al carácter ficticio pero verosímil de la narración, a los caracteres propios de los personajes novelescos y al plan clásico de composición de la novela; cualidades presentes y bien desarrolladas, según la autora, en las obras citadas.

Posteriormente, penetra en cada una de las obras. Conviene destacar que en ningún momento se acerca de una manera

sistemática a los relatos en cuestión, sino que se preocupa por detectar el predominio de Pereda en *El Moto*, de Zola en *Las hijas del campo*, y de León Tolstoi en *Abnegación*; quizás porque toma como punto de partida el hecho de que el mismo don Joaquín comentaba su preferencia y la influencia de aquellos autores en él y en su obra.

En su comentario sobre *El Moto* demuestra, a través de una serie de ejemplos, que este relato es una novela costumbrista tanto por el tema que desarrolla como por las "técnicas" que estructuran el mundo mostrado. Señala, también, características comunes entre aquel relato y *Las hijas del campo* y destaca algunas innovaciones en el último como ejemplo de la descripción breve y mayor despliegue de juicios, expresados tanto por el narrador como por ciertos personajes. Asimismo, anota que *Las hijas del campo* se puede clasificar como la primera "novela social" escrita por autor nacional y que en *Abnegación* aparecen otras innovaciones: presentación de los cuadros de costumbres como fondos de efecto artístico, restricción del empleo del lenguaje popular e imitación del estilo romántico.

Como la publicación de *El Moto* provocó una polémica sobre si el hombre y el pueblo costarricense eran o no material apropiado para la creación literaria, la autora dedica algunas páginas a ese suceso y además, expone que después de las creaciones de García Monge, muchos literatos nacionales prestigiaron e incrementaron la literatura de tema nacional, incluso aquellos que más la habían combatido. En este apartado, también, se refiere a algunos relatos de *La Mala Sombra* y clasifica esta colección como la obra de madurez de don Joaquín y como muestra del mejor estilo trabajado en la literatura nacional; sin embargo, sus anotaciones aparecen escasamente fundamentadas.

En el último capítulo la autora se aparta de los contenidos expuestos y desde un punto de vista pedagógico alude a la importancia de estudiar literatura nacional en los colegios de segunda enseñanza.

De los contenidos reseñados, se concluye que si bien adolecen de rigor y de ausencia de instrumental metodológico confluyen, con excepción del último, para vertebrar la imagen global que la autora se propone mostrar del hombre que con su revista:

"El Repertorio Americano ha juntado más gente con gente, pueblo con pueblo, destino con destino, americano con América, que cuanto reuniones, conferencias y pactos han dicho, han publicado y han gritado juntos."²

Andrés Eloy Blanco

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Abelardo Bonilla. *Historia de la Literatura Costarricense*. (San José: Editorial Costa Rica, 1967), p. 109.
2. Eloy Blanco. Citado en Joaquín García Monge y la Novela Costarricense. p. 83.

Discurso en la Inauguración del Instituto de Estudios del Trabajo de la Universidad Nacional

Francisco Morales

No de puntillas, sino a paso firme —violento casi— entra a nuestro escenario histórico el personaje del Siglo XX.

Después de una campaña política, ensombrecida por votos más y votos menos, sacudida por exilios de Precandidatos, llega a la Presidencia don Cleto. Dos años después, en el seis, la presentación, discusión y aprobación de los contratos bananeros de la United Fruit Co. El país se conmueve y se agitan vientos antiimperialistas nuevos en nuestro medio. El capital americano ha llegado a nuestras costas. Atrás, a la vuelta del siglo, queda el capital inglés que financiara la actividad cafetalera del país.

1909. Otra vez la campaña política. El intelectual Omar Dengo es excomulgado por Monseñor Stock por una caricatura en el periódico "El Rayo". Don Mario Alberto Jiménez nos ha dejado una rica y hermosa crónica de esa campaña.

1910. América Latina se engancha, a las corrientes universales, con la gran Revolución Mexicana. "Tierra para quien la trabaja", grita Zapata; "Por mi raza hablará el espíritu" afirma el gran intelectual y Ministro de Educación José Vasconcellos.

1912. Aquí, en Heredia —nuestra apacible Heredia— una noche Omar Dengo y Rómulo Tovar se acercan a un grupo de obreros y artesanos, y juntos, forman el Centro de Estudios Sociales —con resonancia de Revolución Francesa: "Germinal".

1913. Se celebra en Costa Rica —por primera vez, el primero de mayo como día internacional del Trabajo.

Amigos trabajadores: no encuentro oportunidad más propicia —históricamente propicia— que hoy, cuando estamos inaugurando el Instituto de Estudios del Trabajo, hoy, cuando por primera vez en la historia de la Universidad costarricense, llegan a la Educación Superior cien trabajadores, es oportuno recordar y comentar un documento de un extraordinario valor en la historia social del país: el Manifiesto a los Trabajadores para celebrar el 1 de mayo publicado por el Comité Organizador, en el periódico La Aurora Social del 30 de abril de 1913. El documento dice textualmente:

"Manifiesto a los trabajadores. A iniciativa del Centro de Estudios Sociales, "Germinal", las sociedades obreras de Alajuela, de Obreros de Cartago, El Centro Social de Obreros de San Ramón, las Sociedades Federal de Trabajadores, Anónima del Gremio de Zapateros, Tipografía de Socorros Mutuos Tranvillera, Sociedad de Panaderos y el Club Sport "La Libertad", por medio de representantes debidamente acreditados

han acordado:"

(Primer comentario. Los términos: no hablan de sindicatos ni de federaciones, ni de confederaciones; hablan de sociedades y, como dato muy curioso incluyen a un Club Social y deportivo. ¡Era la época!)... han acordado:

"Primero: Invitar a los trabajadores residentes en el país sin distinción de razas, nacionalidad, oficio, creencias religiosas y opiniones políticas, a conmemorar el Primero de Mayo, fecha consagrada como día del Trabajo."

(Segundo comentario. ¿A quiénes se invita? A los trabajadores residentes en el país. Es decir a los nacionales y a los extranjeros. Ya se ha dicho sin distinción de nacionalidad. De verdad un internacionalismo del Primero de Mayo!)

"Segundo: Excitarlos a que ese día suspendan sus Tareas."

(Tercer comentario: ustedes trabajadores y los ex-ministros de Trabajo aquí presentes, Lic. Danilo Jiménez Veiga y el Rector don Benjamín Núñez coincidirán conmigo que este punto equivale simple y llanamente a un paro de labores. Cosas de la época, no solo se justificaba, sino que no había Código de Trabajo!)

"Tercero: Hacer saber: que la celebración del primero de Mayo equivale a una manifestación de protesta contra todos los vejámenes que en el mundo hayan sufrido los trabajadores, a una manifestación de solidaridad con todos los movimientos de emancipación proletaria; que es una conmemoración internacional efectuada en consecuencia en toda la tierra, en virtud de un decreto del Congreso Internacional de Trabajadores reunido en París, en 1889, el cual por este medio ratificó la costumbre universal de conmemorar ese día, en recuerdo de la Huelga General que los Obreros Confederados de Chicago iniciaron el primero de mayo de 1886 y que provocó las manifestaciones regresivas que contra el proletario hayan realizado la autoridad y el capitalismo; que dicha huelga se proponía obtener la reducción de las horas de trabajo a un máximo de ocho horas diarias y que los 110.000 que en ella toman parte, por haber iniciado ese movimiento y haber sido gravemente ultrajados, que se recuerde su noble actitud y se propague su valeroso ejemplo.

Y finalmente expresar su deseo de que al conmemorar por primera vez en Costa Rica tan hermosa fecha, los obreros formulen sus planes de lucha emancipadora para los días sucesivos del año del Trabajo".

COMITE ORGANIZADOR

Amigos: este manifiesto es tan hermoso que le reconozco cierta fuerza de oración del Trabajo! Aunque quisiéramos, no puede ser solamente el producto de dos o tres trabajadores. Aquí está no solo la pluma; algo más: el sentimiento, la cultura y la meditación de intelectuales como Omar Dengo, Billo Zeledón y el gran García Monge. Este manifiesto es una apretada síntesis de muchos elementos: ideologías, historia, manejo admirable del idioma y formación humana. Más todavía; no solo se limita a rememorar hechos pasados sino que termina haciendo todo un vehemente llamado para que los obreros formulen sus planes de lucha emancipadora para los días sucesivos del año del Trabajo". Transcribamos algunos fragmentos del discurso de don José María Zeledón ese primero de mayo de 1913, la primera celebración del día del trabajo en Costa Rica.

"La fecha de este día pone el encanto de una primavera en los corazones de los visionarios del bien. Los campos están florecidos. También las almas de los tributarios de la miseria, sienten hoy el florecimiento de sus esperanzas.

Allá en los centros de la vieja Europa, sobre los canales zumba y pasa un viento de desastre, millones de hombres se alzarán hoy, como todos los años, del polvo de su pesadumbre para pasear al sol la majestad de sus anhelos.

"...Honor a los batalladores incansables que se han dormido soñando en un futuro de paz y de amor para los hombres. Salud y victoria a los que hoy marcharán por los campos de la vieja Europa, batidos por el viento del desastre, cantando los himnos de la solidaridad humana".

Los "vientos del desastre" que corren por la vieja Europa, eran el prelude de la Primera Guerra Mundial.

José Ma. Zeledón —Billo Zeledón— nuestro autor del Himno Nacional, no solo es acreedor a que se le recuerde siempre que entonemos nuestra canción nacional, sino que es sin duda alguna, uno de los precursores de las luchas sociales en Costa Rica.

¡Fue un gran inconforme y un insobornable luchador!

Transcribamos también, algunos comentarios del periódico La Aurora Social, del 8 de mayo de 1913 comentando los actos de la primera celebración del Día del Trabajo.

"El primero de mayo amaneció un día tranquilo y despejado. La Naturaleza misma se vistió con sus trajes de gala para recibirle, como un advenimiento al triunfo glorificador de los trabajadores y en la ciudad solo se escuchaban los dilatados disparos del cañón con que la Patria saluda el día en que cayó rendido el filibustero Walker. Más tarde, cuando el tibio sol de mayo comenzaba a derretir las últimas gotas de rocío que dejara el mes de abril prendidas sobre las hojas, la hermosa llanura de la Sabana era un paraje de encanto."

"...Todo aquello fue afable, sencillo, cariñoso: Carmen Lyra, la joven genial que encierra un tesoro de inspiración, derramó el bálsamo de su palabra bienhechora y sabia. Y a propósito de esta inteligente señorita, en el legajo de nuestros ideales guardémosle un culto de admiración".

"A medio día, seguía el mitín a donde debía lucir su

frase galana el joven Omar Dengo."

"La peregrinación siguió hacia el Cementerio, donde también hubo palabras de recuerdo para los compañeros idos."

"Para terminar el programa diurno, se llegó a la Penitenciaría a saludar a los compañeros en desgracia."

"Puso fin a la memorable Fiesta del Trabajo, una elocuentísima conferencia del Profesor García Monge. No nos parece vasto el campo de nuestro paladín para elogiar tan brillante pieza y solo podemos hacer nuestro el inefable regocijo con que lo han acogido los obreros."

Como ocurre con nuestra indolencia histórica ese hermoso e inspirador Manifiesto y los comentarios de La Aurora Social son casi desconocidos.

Amigos trabajadores: estamos esta noche, aquí, en esta sala magna de la que fue la histórica Normal de Costa Rica.

Aquí, la fotografía de don Omar Dengo; allá, la fotografía del gran don Joaquín García Monge; allá atrás, de frente, en un lado don Alfredo González Flores, el Presidente Visionario, en la otra esquina la fotografía de su hermano, don Luis Felipe González, creadores en 1915 de la Normal de Heredia.

Es curioso: una Universidad no la determina el monto de su presupuesto ni la magnitud de sus construcciones, ni el número de sus alumnos. Costa Rica no tenía universidad desde la clausura de la Universidad de Santo Tomás, en 1888, por don Mauro Fernández. Nuestra Universidad, nuestro Ateneo, nuestra Casa de la cultura, fue la Normal de Costa Rica. Los González Flores la concibieron como una Universidad libre, sin prejuicios, autónoma del poder político, abierta a las ideas, si se quiere, apasionadamente costarricense.

La doctora Emma Gamboa, —aquí presente—, en su libro "Omar Dengo", nos dice de la Escuela Normal lo siguiente:

"La Escuela Normal de Costa Rica es un gran experimento de educación nueva.

Está orientada por una filosofía social y organizada como ambiente superior de cultura que estimula al máximo el desenvolvimiento integral de los estudiantes. La institución tiene una sección de Humanidades, una sección profesional pedagógica y una Escuela de Aplicación. Todo el programa se desarrolla en intensivas actividades de aula, de laboratorio, de taller y de asamblea. Se impulsa la ciencia experimental, el arte creador, el debate, la actividad dirigida de biblioteca."

(Un comentario: en la Universidad Nacional —nacida de la Escuela Normal de Costa Rica— en la Comisión Organizadora AD HOC, hemos establecido el principio de más horas libros, más horas biblioteca, que horas clase y hemos afirmado que el profesor es un investigador.)

"Se orientan los estudios sistemáticos y los clubes académicos y se guía al estudio de los grandes maestros del mundo en ciencia, filosofía, arte, música, pedagogía y literatura. Ahí está la luz de oriente y occidente y se da énfasis a la contribución y responsabilidad americana". Tres años después, en 1918, don Joaquín funda el "Repertorio Americano".

Yo me he permitido invitar esta noche a doña Emma Gamboa, a doña Corina Rodríguez, a doña Luisa González, a don Rafael Cortés y a don León Pacheco, alumnos del primer año de la Escuela Normal, y costarricenses distinguidos en la educación, en la literatura y en la vida nacional.

A la vieja Normal —como a la Universidad Nacional— llegan estudiantes humildes. Recordemos las palabras aquí, en esta misma sala de Omar Dengo: "Bienvenidos los Negros".

De la provincia de Alajuela, concretamente de San Ramón, llegaron un día, sedientas de cultura, Emma Gamboa y Corina Rodríguez. De una escuelita humilde de Puntarenas partió el joven Uladislao Gámez —actual Ministro de Educación a cuya iniciativa se debe la creación de la Universidad Nacional.

De La Puebla, el barrio pobre de San José, sale Luisa González. Cuando la tiranía de los Tinoco oscureció nuestra democracia, de la Normal de Heredia salieron los estudiantes a quemar el periódico "La Información", encendidos en libertad, en democracia y en patriotismo.

Es en esta tierra abonada por Omar Dengo, García Monge y Brenes Mesén que nace el Instituto de Estudios del Trabajo. Es la primera vez en la historia de la Universidad costarricense, que los trabajadores llegan a la educación superior, a la universidad, sin la condición del bachillerato. Es, en otras palabras, el primer paso hacia la Universidad del Trabajo.

Padre Núñez, Rector de la Universidad Nacional, usted y yo hemos sido afortunados: juntos hemos caminado muchos años por los caminos del sindicalismo y del cooperativismo y juntos —esta noche— les entregamos el Instituto de Estudios del Trabajo.

Termino estas palabras recordando un hermoso pensamiento de Omar Dengo que recoge el espíritu y la filosofía de este acto:

"Nosotros solo crecemos y nos ennoblecemos y perfeccionamos en la medida en que trabajamos por el enaltecimiento de los demás".

Eso es el IESTRA: enaltecer a los demás, enaltecer los trabajadores, enaltecer al pueblo.

JOAQUIN GARCIA MONGE

Luis Alberto Monge.

Ya está muerto don Joaquín García Monge. Una semana después de haberlo declarado hombre benemérito la Asamblea Legislativa de su patria.

En grado extraordinario tuvo dos virtudes: el amor y la práctica por la difusión de la cultura, y su lucha apasionada en pro del derecho de asilo.

Por la primera pudo, abierto a las fronteras del mundo y a los hombres de la creación y de la idea, hacer circular a través de la América española el orden de cosas activas del espíritu; como sustentador de la segunda, defendió la libertad política del hombre, en lo fundamental de ella para éste: la conciencia y la vida. Y así estableció entre sus dos ideales la unidad hombre-cultura, cultura-hombre.

Y logró ser americano integral. Por encima y por debajo del cultivo político del sable, del intento antibolivariano de hacer trascendentes las fronteras, tejió con la común riqueza superior —lengua y democracia— un modelo de hombre americano para un modelo de patria americana.

Este don completo de la americanidad no consistió en una excelente virtud doméstica. Fue, ante todo, un acto de pensamiento-sentimiento que ocurrió en un hombre.

Este hombre entendió y creyó que la cultura y la libertad de conciencia eran pan, como se entiende el pan recordando a los cristianos primitivos: el pan para todos, el pan en ágape, el pan de los unos para los otros. Tenemos que luchar en favor del único Cristo posible, solía decir. El Cristo que da de comer y el Cristo que da de pensar. Un Cristo que nos obsequie, ante todo.

Don Joaquín García Monge fue verdaderamente un hombre universal. Hizo todo lo posible por ser hombre, y lo consiguió.

Ahora, para nosotros, es pan.



DON JOAQUIN GARCIA MONGE

1881 - 1958

"Convirtió a San José de Costa Rica en la central telefónica de la cultura de América."

Edelberto Torres

Uno de los escritores que deploraron más sentidamente la muerte de Joaquín García Monge dijo que era el costarricense más universal, lo cual es cierto, según el consenso general de los que conocen Costa Rica en su triple dimensión histórica, social y cultural.

Si el nombre de Costa Rica llegó más lejos de sus litorales marítimos por García Monge que por cualesquiera otros de sus muchos hijos ilustres, fue por la virtud de fuerza expansiva ecuménica que él poseía y que practicó con intención de servicio humano, con entusiasmo y perseverancia.

Que Costa Rica es tierra blasonada por nombres de varones insignes no es teorema que reclama laboriosa demostración. En América, el pequeño país centroamericano goza de un sólido prestigio por su régimen democrático, afirmado desde que tomó posesión de su destino el 15 de setiembre de 1821, juntamente con los demás Estados de Centroamérica. Con ellos formó la Capitanía General de Guatemala bajo el régimen colonial y luego la República Federal de efímera vida y cruenta historia.

Las guerras civiles destrozaron la República Federal; pero Costa Rica no participó en la trapatiesta insensata de *fiebres y serviles* en la que, jirón tras jirón, el manto de la unidad nacional fue desgarrado hasta la última fibra. Entretanto Costa Rica abría surcos, fundaba escuelas, hacía leyes prudentes y dentro del general incendio era un hogar sin llamas, pero con calefacción de amor al progreso. Uno de sus varones plutarquinos destaca entonces su talla de Cincinato: don Juan Mora Fernández.

Una vez Centroamérica estuvo amenazada de perder su independencia bajo la dominación del filibustero yanqui William Walker. La pequeña Costa Rica lanzó el grito de guerra contra el esclavista de Nashville que ya se había señoreado de Nicaragua, y capitaneando a Centroamérica lo arrojó del suelo patrio. La figura prócer de esa hora crucial fue don Juan Rafael Mora, don Juanito en el amor de su pueblo. Era Costa Rica la provincia española más pobre y por ello la más atrasada intelectualmente; sin embargo, tenía vocación de cultura, y a la Universidad de Guatemala y a la de León, de Nicaragua, iban los jóvenes costarricenses de mayores posibilidades en busca del saber médico, jurídico o teológico. Y he ahí que un costarricense fue el formador de los padres de la independencia, fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, *iluminista* del siglo XVIII, y cuando la metrópoli convocó a las provincias americanas y peninsulares para enviar representantes a las Cortes de Cádiz, Costa Rica tuvo en el suyo, don Florencio del Castillo, un elocuente defensor de los derechos de los pueblos coloniales de habla española. Ante todo el país ha producido juristas probos y muy adentrados en su ciencia. Ellos han sido los conductores de la vida pública nacional como presidentes, magistrados y legisladores. Hasta muy avanzado este siglo era fama que los presidentes se empobrecían en el poder, y sigue siendo cierto que en Costa Rica hay más maestros que soldados. Es el único país de este Hemisferio en que la Cons-

titución Política tiene proscrito el ejército. Obligado por cierta presión extranjera, ha aceptado el adiestramiento de oficiales por técnicos militares yanquis. Pero la preocupación característica de los gobiernos costarricenses ha sido la educación popular. Para incrementarla, todos se comportan como gobiernos de izquierda, compitiendo a quién hace más por ella. De ahí que a medida que el tiempo transcurre, el nivel intelectual se eleva, máxime desde que la Universidad fue fundada (1940). Conviene subrayar que ese centro recibe del Estado una asistencia económica mayor que cualquier congénere de Centroamérica. Pero los valores intelectuales costarricenses más altos son anteriores con mucho a la joven Universidad. Aquileo Echeverría es el poeta de Costa Rica, según dictamen de Rubén Darío, Omar Dénego es el educador; Roberto Brenes Mesén, el humanista difícilmente superable; José María Zeledón, el escritor regionalista, el Pereda de Costa Rica; Carmen Lyra, la cuentista Ricardo Jiménez, el estadista.

Entre estos varones que serían preclaros en cualquiera latitud del globo, Joaquín García Monge tiene lugar propio y visible desde todos los horizontes. ¿Cómo así? Su cosecha literaria es parva, aunque de prima calidad; no intervino en la política, y si desempeñó una alta función administrativa no fue por ninguna militancia partidista. Cabe entonces preguntar: ¿Por qué esa universalidad del nombre de Joaquín García Monge? ¿Por qué tantas expresiones de duelo en la prensa y en los círculos intelectuales de todo el Continente al saber la noticia de su muerte? Para dar respuesta a estas interrogaciones, hagamos una breve excursión por la vida y la obra del ilustre costarricense.

La cuna de García Monge fue un pequeño poblado de nombre Desamparados, no lejos de San José, capital de Costa Rica. Nombre es aquél expresivo de la pobreza de la región, que los habitantes hacen productiva con sus rudas labores. Allí llegó a la vida el 20 de enero de 1881, en el hogar modesto y de profunda raigambre moral de don Joaquín García y doña Luisa Monge Guerrero.

El señor García era el escribano del pueblo. A su despacho llegaban los campesinos cuando tenían que abandonar la roturación del duro suelo de sus heredades para hacer ante las autoridades alguna gestión que precisara un documento escrito. Bien dotado de espíritu público, los informaba de los sucesos nacionales, del debate de los partidos políticos formados temporalmente alrededor de los personajes que aspiraban a la presidencia de la República. Las buenas gentes escuchaban con asombro y humildad la lectura de los artículos de Pío Víquez, los del recordado ecuatoriano Federico Proaño, los discursos del elocuente cubano Antonio Zambrana y artículos y discursos de los hombres públicos de la época: Ascensión Esquivel, Próspero Fernández, Julián Volio, Mauro Fernández, Bernardo Soto y muchos más, coincidentes todos en procurar el bien a Costa Rica.

Mientras el esposo ejercía el patriarcado intelectual en la comunidad, doña Luisa hacía de abeja laboriosa en todos los

menesteres hogareños y con ahinco especial se ocupada de su hijo. Poseía ella las primeras letras y las transmitió a su pequeño, quien luego adquirió la enseñanza elemental en la escuela de la propia villa.

Desde que Costa Rica empezó a regir su destino autónomamente dentro de la Federación de Centroamérica, y luego como república independiente, la educación del pueblo fue una verdadera religión de Estado. Su pobreza no le permitió marchar a trancos en el camino de la cultura; mas cuanto podía hacer con sus modestos recursos en seguida era realidad. Sus estadistas procedían con prudencia, porque conocían las limitadas posibilidades económicas del país y, además, porque poseían una clara comprensión de cada problema. Durante el período presidencial de Bernardo Soto (1886-89), su ministro de Instrucción Pública, Mauro Fernández, desarrolló una política pedagógica trascendental, concretada en la promulgación de la Ley General de Educación Común, fundación del Liceo de Costa Rica y el Colegio Superior de Señoritas en San José, el Instituto de Alajuela y escuelas elementales por todos los ámbitos de la pequeña república.

El joven García Monge ingresó en el primero de esos establecimientos, que congregaba a lo más lucido del sector juvenil de la capital costarricense. El amor materno lo condujo allí donde creía que estaba el principio de su dorado porvenir. Cumplidos los dieciocho años de edad, en 1899, se graduó de bachiller en Ciencias y Letras.

Había en San José una, para la época, flamante casa-escuela llamada Edificio Metálico, de factura extranjera y que hasta la fecha presta idóneo servicio. En esa escuela se inició como enseñante primario el adolescente bachiller.

Trabajaba en la callada función de maestro como tantos más cuya existencia no advierte la sociedad, cuando un suceso literario sacó el nombre de García Monge de la anonimidad. Fue la publicación de una novela corta titulada *El Moto*, en la que los literatos locales, los Víquez, Facios, Brenes Mesén y Gagini, advirtieron virtudes estilísticas de sencillez y concisión, y además una no escasa aptitud para describir con relevante exactitud. El mismo año secundó su obrita primigenia con otra de la misma índole, *Hijas del campo*, y luego otra más, *Abnegación*. Su maestro, el notable gramático Carlos Gagini, auspició al novel autor, comprometiéndose ante el impresor a responder por el valor de la primera edición de *El Moto*. Y no tuvo el maestro que sacrificar centavo alguno, porque la polémica provocada por el libro estimuló el interés del público por leerlo y la edición se agotó. Entre las causas del auge figuraba la circunstancia de que el autor sólo contaba diecinueve años de edad. Era una promesa, había mucho que esperar de él y para que tal promesa se realizara precisaba darle oportunidad.

El Gobierno se hizo eco de la sinfonía de admiración que el precoz novelista despertaba y le concedió una beca para estudiar en Chile, país hermano aureolado de prestigio intelectual y democrático. De 1901 a 1903 fue alumno del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y alcanzada la meta del profesorado de lengua castellana, regresó con un buen bagaje de humanismo y experiencia, y también con mucho entusiasmo para incorporarse a la legión de trabajadores de la cultura de su país.

En efecto, como especializado en la enseñanza del idioma y sus bellas letras, el ministro de Educación lo nombró profesor de la materia en el Liceo de Costa Rica. Era director el pedagogo chileno don Zacarías Salinas, puntilloso en materia de derechos y afecto al cumplimiento de sus deberes. Una diferencia surgió entre el criterio oficial del ministro y el juicio peda-

gógico del educador. Aquello se convirtió en una pugna que trascendió al público. El profesor García Monge tomó partido por el director; una huelga estalló de la que él fue líder, y así lo comprobó la pesquisa policiaca. El resultado fue inmediato: García Monge fue destituido. Sólo hacía seis meses que ejercía su cátedra y era en el año de 1904. ¡Cuántos vecinos de Desamparados pensarían que el joven García Monge había ido a Chile a graduarse de agitador! Pero también ha de haber habido quienes consideraron que asomaba en él la adhesión a la justicia, y éstos tuvieron razón.

Hubo cambio de gobierno y el nuevo primer magistrado era un hombre del foro, don Cleto González Víquez. Sabiéndose impuesto por su antecesor, pero animado de muy nobles intenciones que corrían parejas con sus dotes intelectuales, González Víquez procuró conquistar la simpatía pública con hechos de cultura y de progreso. Al amparo de esas sanas disposiciones, García Monge fue llamado a reasumir su cátedra en el Liceo y fue también nombrado profesor en el Colegio de Señoritas.

Estabilizado en las labores docentes, pudo acendrar su cultura y ser un transmisor eficiente de ella, gracias a sus dotes de maestro esencial. Es entonces cuando García Monge empezó la siembra espiritual de ideas y estímulos superiores que dieron distinción a su magisterio y perfiles de auténtico maestro a su personalidad. Desde entonces empezó a revelarse como un conferenciante disertado y fueron muchas las ocasiones en que lo hizo.

El maestro había celebrado un matrimonio de amor con la Pedagogía, y se entregó tan exclusivamente al servicio de la juventud, que los años pasaban y el promisor novelista de *El Moto* no corroboraba la posesión de sus felices dotes de narrador con otras obras. Sin embargo, compensaba su silencio de escritor no sólo conectando a la juventud con los valores del idioma, sino también haciéndoles la donación del conocimiento de la América indohispana a través de sus hombres representativos, y de los ideales de unidad, de libertad y cultura. Eran los días en que Rodó evangelizaba con *Ariel* y los *Motivos de Proteo*, Ingenieros entusiasmaba con la elocuencia con que trataba todos los temas, así fuera la *Psicología biológica o El hombre mediocre*; Martí era descubierto como maestro indiscutible de América, Darío profetizaba con fe el destino de América en *Cantos de vida y esperanza*; se evocaba a Sarmiento como sembrador de cultura, y Bolívar, como siempre, encarnaba las ansias, angustias y esperanzas de los pueblos indohispanos. El cerebro de García Monge captaba las corrientes intelectuales de que esos nombres eran símbolos y los comunicaba a sus jóvenes oyentes del aula.

No quiso limitar esa labor orientadora a sus alumnos. Se había apoderado de él una pasión de cultura, un entusiasmo dionisiaco, y pensó en difundir doctrinas e ideas y bellas letras entre el pueblo por medio de publicaciones asequibles a todos por su precio. Sería una obra de antólogo llevada a cabo con doble criterio: ideológico y estético; pero el primero no encaminado hacia ninguna tendencia política o filosófica, menos aún religiosa, única. Era la suya una intención superior de liberación mental por la verdad y la belleza, y estos valores no son propiedad exclusiva de ninguna escuela o sistema.

Sus primeras publicaciones periódicas fueron las revistas *Vida y verdad* y *Siembra*, de las cuales pocos números vieron la luz. Apuntaba en ellas el inconforme con los vicios sociales y políticos, y los representantes de éstos dieron señales de hos-

tilidad que los obligaron a encubrirse con el seudónimo *Jonathás Riedell*.

Se había iniciado como seleccionador literario en *La Prensa Libre*, periódico local, cuyo suplemento literario se le encomendó en 1905. El año siguiente empezó su nuevo magisterio con la publicación de la Colección Ariel, que mantuvo durante diez años. A pesar del ínfimo precio de los folletos, que tal era el carácter de la serie, muchos fueron los lectores gorriones, que no pagaban los 25 céntimos que costaba el ejemplar y que tampoco querían ser borrados de la lista de suscriptores. Un pequeño grupo de amigos acudió en su ayuda con aportes económicos de buena voluntad para que la serie antológica continuara apareciendo para bien de la incipiente cultura local. Esa primera experiencia editorial sólo trascendía las fronteras de Costa Rica por los envíos que el editor hacía de las obras publicadas a personalidades del Continente, sin que todavía, al menos en los primeros años, el eco de su importancia fuera audible. Nombres ilustres, pero ignorados en numerosos sectores ya irrigados por el alfabeto y algo más, pudieron hacerse conciencia en ellos. Los autores difundidos fueron Ernesto Renán, Federico Amiel, Manuel Gutiérrez Nájera, Eliseo Reclus, Juan Ruskin, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Ugarte, San Juan Crisóstomo, Enrique José Varona y muchos más, a lo largo de diez años.

Ser animador de una publicación a lo largo de diez años en donde a cada vuelta de esquina sale al paso no el parabién, sino la indiferencia, era una proeza que sólo podía realizar un noble desinterés caldeado por un fervoroso ideal de servicio social.

Para sustentar su propia vida, García Monge continuaba dando sus clases en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas, y dio perfección a su ya destacada personalidad contrayendo matrimonio con la señorita Celia Carrillo, de quien hubo un hijo: hoy es el distinguido médico Eugenio García Carrillo.

Unos notables *Programas de Instrucción Primaria* elaboró en colaboración con el eminente escritor, poeta y profesor Roberto Brenes Mesén, en 1908. Por su orientación y prescripciones, ese trabajo fue en sus días lo más avanzado en materia de codificación didáctica que hasta entonces se había hecho en los países americanos de habla española. Más tarde, el Ministerio de Educación le encomendó la redacción del *Boletín de Educación Pública*.

El amor a la cultura se hacía brasa en su pecho, de ahí que tras un esfuerzo editorial iniciaba otro y a veces simultáneamente llevaba a cabo varias campañas publicitarias. Las Ediciones Sarmiento empezó a hacerlas en 1914 cuando todavía publicaba la serie de Ariel; el Convivio fue otra serie que comenzó al suspender Ariel y que continuó paralelamente con las Ediciones Sarmiento y con la colección de Autores Costarricenses, que inauguró sorprendentemente con una nueva obra suya, *La mala sombra y otros sucesos*, después de quince años de paréntesis silencioso.

La mala sombra y otros sucesos tiene la misma filiación literaria de las obras primigenias. El realismo de aquéllas reaparece en ésta más acendrado. Son breves relatos que trasuntan una realidad captada con los propios ojos. Son escenas y menudos acaecimientos en que la fuente causal es el amor, la superstición, la codicia, la injusticia que profesan como regla de oro los poderosos de la sociedad y otros sentimientos que enfangan el corazón humano. La forma es de una deliciosa sencillez que

bien se hermana con una naturalidad que se diría pueril. El estilo sumamente cortado llega a una concisión que haría suya un antiguo lacedemonio: La intención es ser exacto, y como logra serlo, interesa y conmueve. En el Convivio hallaron lugar, al lado de valores consagrados como Pedro Henríquez Ureña, Eugenio d'Ors, Ernesto Renán, Alfonso Reyes, marqués de Santillana, José Enrique Rodó, Juan Valera, Rabindranath Tagore, José E. Díez-Canedo y muchos más, jóvenes por primera vez presentados al público. A este fin García Monge se mantenía en actitud de atalaya, oteando el horizonte para descubrir los astros literarios en su orto. Que en Andalucía sonaban las canciones de José Moreno Villa, aquí estaba el Convivio para divulgarlas, que en Centroamérica se abrían los botones poéticos de Rafael Heliodoro Valle y José Olivares, les daba su beneplácito, editándolos.

En 1915 el radio de su docencia se ensanchó con el nombramiento de profesor de la benemérita Escuela Normal de Costa Rica, creada en la ciudad de Heredia, a una veintena de kilómetros de la capital. Poco después fue elevado al rango de director, con lo que su acción orientadora aumentó sus dimensiones.

Su gestión directiva en la Escuela Normal no pudo rendir todos los frutos que era capaz de dar la siembra de ideales que hacía. Un acontecimiento desusado en la vida pública de Costa Rica interrumpió repentinamente el curso de la vida pacífica del democrático pueblo de Juan Rafael Mora. Gobernaba el país un individuo del foro, Alfredo González Flores, que se había atraído el descontento general por una real o supuesta ambición de reelegirse. Su ministro de la Guerra, general Federico Tinoco, de un cuartelazo lo arrojó del poder el 27 de enero de 1917, y cosa tan extraña como este procedimiento: el pueblo aplaudió al quebrantador de la constitucionalidad. La ofuscación fue tan general, que el gran humanista Roberto Brenes Mesén no vaciló en aceptar el cargo de ministro de Educación.

Y Joaquín García Monge ¿qué hizo en aquel trance probatorio del civismo? Sencillamente tomó el camino del deber, y como consecuencia de ello fue destituido, y la rosa náutica del destino le marcó el rumbo del ostracismo.

La fiebre publicitaria que siempre lo poseyó estaba quemándose el año del cuartelazo en las páginas de la revista *Universo*, que luego rebautizó con el nombre de *La Obra*; según el plan a desarrollar, quería que esa revista fuera un repertorio americano, "que registre en sus páginas lo que manifiestan los hombres que en América saben más". La cuartelada de Tinoco puso punto final a *La Obra*.

Ronroneaba ya en el cerebro de García Monge la idea de editar la revista a que su nombre quedaría vinculado para siempre en la historia del periodismo y de la cultura de la América española. Dos palabras que aparecen en la cita hecha: *repertorio americano*, serían el título de esa publicación, cuya concepción era crisálida mental al salir al destierro. En Nueva York trató de convertir en realidad su acariciado proyecto; pero la babélica urbe no le fue propicia.

Regresó a Costa Rica en los días en que Tinoco se sostenía aún en el poder con el imperio de la violencia; García Monge, imponiéndose a su temperamento, a su educación, a su amor por la vida civil y civilizada, o más bien por restablecer esta forma de vida trastrocada por la tiranía, ocupó su lugar en la oposición con valentía y decisión. La intervención del Go-

bierno estadounidense de Wilson y sobre todo un movimiento armado que apoyó el gobierno de Nicaragua, obligaron a Federico Tinoco a resignar el poder en el primer designado, general Juan Bautista Quirós.

Había temor de que Quirós tuviera intenciones de retener el poder por ser individuo del régimen caído. Una comisión de ciudadanos respetables fue encargada de hacerle una representación para que adoptase la política de moderación y convocara sin tardanza a elecciones para presidente constitucional de la República. Quien presidió esa delegación y expuso las aspiraciones de la ciudadanía fue García Monge.

Quirós transmitió el poder a Francisco Aguilar Barquero por indicación del Departamento de Estado y con la aprobación de una junta de costarricenses notables. El señor García Monge fue llamado por el nuevo mandatario provisional a ocupar la Secretaría de Educación Pública. La tiranía todo lo había trastornado en sólo dos años. García Monge reorganizó el ramo educativo en los aspectos técnico y administrativo, y su labor quedó estampada en la *Memoria de Instrucción Pública* de 1920. Su gestión ministerial fue breve por razón del carácter interino del presidente Aguilar Barquero, quien hubo de convocar a elecciones, resultando electo el ciudadano Julio Acosta, jefe civil de la revolución contra Tinoco.

García Monge fue nombrado director de la Biblioteca Nacional y reasumió las funciones docentes en el Liceo de Costa Rica. Pero lo más notable que registrar es que tan pronto como volvió del destierro puso en acción el pensamiento de publicar la revista que colmara su aspiración máxima: llevar a todos los confines de la América española el pensamiento de los que mejor escribían en español, en los dos mundos del idioma.

El *Repertorio Americano* saludó al público con sus páginas selectas, en su primera edición, el 1° de septiembre de 1919. El entusiasmo reprimido por el destierro y la tiranía hizo eclosión jubilosa y por eso empezó a aparecer cada semana.

Ni los lectores eran tan numerosos ni tan cumplidos para pagar, ni las colaboraciones del exterior daban exceso de trabajo al correo. Tuvo que ampliar el lapso a una quincena y después a un mes.

Mensualmente, a lo largo de treinta y nueve años, el *Repertorio Americano* cruzó el mundo español en todas direcciones, llevando cada vez un haz de mensajes literarios, filosóficos y también políticos, pero nunca partidistas. En los círculos literarios había cierta expectación en los días que precedían a la llegada del *Repertorio*. Se estaba seguro de que si había novedad editorial, si un poeta, crítico, ensayista o novelista hacían su apareamiento, allí encontrarían la reseña o el juicio suscrito por una firma que valía. Hubo un momento en que el *Repertorio Americano* fue una institución americana. Rufino Blanco Fombona dijo entonces: "García Monge ha convertido a San José de Costa Rica en la central telefónica de la cultura de América." En la pequeña ciudad centroamericana y en el despacho de García Monge, toda una maraña de papeles, se daban cita por medio de sus colaboraciones: Alfonso Reyes y Sanín Cano, Rufino Blanco Fombona y Gabriela Mistral, Luis Nieto Caballero y Félix Lizaso; allí González Martínez y Guillermo Valencia, Rafael Arévalo Martínez y Arturo Capdevila; pero es inútil proseguir porque la nómina es interminable. Los jóvenes encontraron en el *Re-*

pertorio escenario para mostrarse con sus prendas intelectuales al Hemisferio, a los que estaban en la hora cenital de su producción y a los que gozaban de un hermoso ocaso García Monge los reproducía, y ampliaba así el círculo de su renombre. ¡Cuántos intelectos cultivó, cuántos gustos personales depuró y cuántos talentos estimuló, no hay estadística que lo enseñe! Pero nadie que conoció el *Repertorio Americano* duda que nunca antes hubo en la América española una cátedra circulante de bellas letras y de civismo como la revista de García Monge.

Cátedra de civismo fue también *Repertorio Americano*, y en esa función puso su director el énfasis de su apostolado. ¿Dónde hubo una lucha por la libertad que no tuviera la defensa y el aplauso en sus páginas? La epopeya de Sandino contra el imperialismo yanqui allí está reseñada con los menores acentos. La República Española allí está saludada en su advenimiento y defendida cuando la traición la hirió de muerte. Aquella antena periodística tenía sensibilidad para captar todo lo que atañía a la cultura y a la libertad de los pueblos.

En las celebraciones cívicas que el Gobierno de Costa Rica realizó con motivo del primer centenario de la independencia, García Monge recibió la Medalla de Plata conmemorativa de aquel suceso. En la propia fecha del centenario, 15 de setiembre de 1921, leyó un discurso, teniendo por oyentes a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y Colegio Superior de Señoritas. Ese trabajo es la expresión más acabada y completa de su ideario cívico.

En 1935, la Sociedad de Naciones lo invitó en calidad de observador. Fue a Ginebra, asiento de la ecuménica institución, a conocer el mundo de intrigas, de buenas intenciones y de realizaciones útiles a la humanidad que en su seno se desarrollaban o que de él partían. Un mes pasó en la efímera capital del planeta; después se trasladó a París y en fin a España. Había en Madrid quienes conocían su labor cultural y su simpatía por la República, ellos anunciaron un banquete que se daría en su honor y que, en efecto, se llevó a cabo con numerosas adhesiones de españoles, hispanoamericanos y extranjeros. La nota más relevante del acto no fue la presencia de tantas personalidades, ni los elocuentes brindis, sino la sencilla y natural modestia de García Monge, que una escritora norteamericana subrayó como algo distintivo de la autenticidad de su elevada condición humana.

Igual que en su primera época de editor, continuó haciendo ediciones de autores selectos bajo el rubro de *Biblioteca del Repertorio Americano*, y como antes, a precios mínimos para que el hombre de la calle y del campo —el concho de la campiña costarricense— pudieran gozar de la lectura de escritores y poetas que, sin ese medio de divulgación, ni sus nombres conocerían.

El nombre de García Monge había llegado a ser pronunciado, más que con simpatía, con un acento de respeto y devoción. Era el más visible en todo el continente como sembrador de cultura. Las personalidades intelectuales que pasaban por Centroamérica se detenían en San José para saludarle.

Entonces los honores llegaban a él como simientes arrojadas al voleo. La Academia Española de la Lengua lo nombró miembro correspondiente; la Sociedad Martiana, de La Habana, le otorgó el Diploma de Mérito; el Ateneo Ibero-Americano de Buenos Aires lo nombró socio correspondiente y lo mismo

la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País; fue socio de honor de la Unión Ibero-Americana de Madrid; el Gobierno del Ecuador le reiteró la condecoración de la Orden Nacional "Al Mérito", como Oficial, Gran Oficial y Comendador; el Gobierno de México le impuso la Orden Mexicana del Águila Azteca; el de Chile lo honró con la condecoración "Al Mérito" en el grado de Comendador; el de Colombia, la Orden de Boyacá en el grado de Oficial; el de Nicaragua, la Gran Cruz Placa de Plata de la Orden de Rubén Darío; la Columbia University le concedió el premio María Moors Cabot, y un mes antes que la implacable hoz de la muerte lo hiriera, el Gobierno del Perú le entregó la Gran Cruz de la Orden del Sol del Perú por medio del embajador de ese país en Costa Rica en una ceremonia de recatada solemnidad. Las asociaciones culturales de todas clases: academias, universidades, centros y grupos intelectuales que lo hicieron miembro o presidente honorario eran muy numerosas.

Pero tantos honores y medio siglo de trabajo como ejemplar obrero de la cultura —honra y servicios que ningún otro hijo ha dado a Costa Rica— no arrojaban un saldo de merecimientos ante el criterio oficial de 1952 para ocupar una curul en el Congreso nacional. Mezquinas intrigas impidieron que se formalizara su candidatura, blandiendo armas tan poderosas como el sambenito de comunista. El defensor de la República Española contra el alud nazi-fascista, el admirador de Sandino, el abogado de la causa de Puerto Rico y Guatemala contra el imperialismo yanqui, etc., tenía que ser comunista, ¡y era el más nazareno de los demócratas!

Lo anterior quiere decir que Joaquín García Monge no era muy profeta en su tierra. Muchos años antes, en 1936, el presidente León Cortés lo destituyó de la dirección de la Biblioteca Nacional sin justificación alguna, después de dieciséis años de servir el cargo con el máximo de eficiencia. El incomprensivo presidente causó un grave daño a la parva economía del gran educador, que invertía parte de sus ingresos en el *Repertorio Americano* y en las ediciones de su Biblioteca. Acosado por la malevolencia oficial y hasta por la indiferencia social, fue adaptando su vida cotidiana, a la que siempre caracterizó la modestia, a las condiciones impuestas por la necesidad. El albergue que le proporcionó un pariente y el modesto sueldo de profesor jubilado que cobraba fueron el sostén suyo de muchos años.

Constreñido por las circunstancias dichas, todo el trabajo que requería el *Repertorio Americano* era hecho de punta a cabo por su director. Era secretario para contestar la numerosa correspondencia con los colaboradores, escritores que solicitaban la revista o que le enviaban algún voto de felicitación; por supuesto que era redactor de todas las notas editoriales y sobre los libros recibidos, era el mozo que recogía la edición en la imprenta, contaba los ejemplares de cada envío, cortaba el papel kraft, hacía el paquete, lo rotulaba y llevaba al correo. La mayor parte de la edición la despachaba al exterior, numerosos ejemplares eran envíos regulares de cortesía; los demás eran de suscriptores, cuya mayoría era de gorriones insensibles a los reclamos del decoro. Pero el *Repertorio Americano* seguía llegando sin falta a aquéllos y a éstos, y García Monge se sentía satisfecho con sólo saber que su obra era buena, que estaba contribuyendo a desbastar la mente de los pueblos de su misma habla y porque creía que cumplía un deber. Por eso quien le visitaba, aunque al punto advertía la pobreza, descubría la alegría interior, el optimismo ineludible. Uno de los

grandes de América que lo comprendió —Alfonso Reyes— dijo en concepto exacto: "No conozco un caso de mayor nobleza en la América de nuestros días."

El 1° de enero de 1946 apareció el número 1000 del *Repertorio Americano*, y ese inusitado acontecimiento en la vida de una revista en un continente en el que abundan los analfabetos de las letras y del criterio, fue algo tan extraordinario, que sólo podía ser atribuido a una gran voluntad de servicio y a una gran vocación de cultura.

Universidades y gobiernos de varios países lo invitaron para rendirle los honores que merecía. Rómulo Gallegos, presidente a la sazón de Venezuela, lo invitó a visitar ese país, que para García Monge ofrecía el especial interés de ser la tierra de Bolívar, Luis Alberto Sánchez, rector de la Universidad de San Marcos, de Lima, quiso llevarlo por unos días al solar incaico, y así otros. En la caudalosa correspondencia que queda en su archivo abundan las excitativas cordiales de esa índole. Por cierto que entre sus amigos epistolares se cuentan los nombres de Miguel de Unamuno, Eugenio d'Ors, Gregorio Marañón, Enrique Díez-Canedo y Salvador de Madariaga, entre los españoles, en América, amigos o admiradores suyos lo eran los escritores de toda estatura literaria. Fue en vano que los mensajes llegaran a sus manos, requiriendo con afectuoso encarecimiento su aceptación. Sus pies se habían adherido a la tierra natal como zarcillos amorosos y férreos y no se desplazaría sino para bajar a su seno el día de su muerte.

La gran revista mexicana *Cuadernos Americanos*, que es hoy la cátedra más alta del pensamiento indohispano, consagró un número en honor de García Monge (1953) en el que colaboraron numerosos escritores hispanoamericanos y de otras nacionalidades. Su director, el eminente pensador socialista Jesús Silva Herzog, Alfonso Reyes y el general Lázaro Cárdenas se empeñaron encarecidamente en hacerle ir a la capital mexicana, pero García Monge sufría la invencible gravitación del solar nativo y no fue. Sin embargo, pronto tendría que hacer el viaje ineluctable, y lo emprendió, yéndose de la vida, pero no del recuerdo de los hombres, el 31 de octubre de 1958, los setenta y siete años de edad, en San José de Costa Rica.

El duelo fue multinacional, fue un duelo racial. Los oradores vertieron su dolor en la tumba que recogió sus restos; los poetas dieron los tonos elegiacos, y escritores, a todo lo largo de los Andes, reseñaron la sin par labor del maestro que, como dijo Alfonso Reyes, se olvidó de sí mismo para acordarse mejor de los demás.

Apenas seis días antes de su muerte el Congreso de Costa Rica aprobó un decreto declarándolo "Benémérito de la Patria". La beocia oficial, tardía como siempre, reconoció al fin que Joaquín García Monge era alguien en América, y que si antaño se le privó de un salario, en nada gravaría el tesoro nacional que se le diera el papel moneda moral del reconocimiento de que era "un ejemplo vivo de amor al servicio público", que había desarrollado una "fecunda labor en los campos de la docencia nacional" y que en las letras costarricenses su nombre "cobra cada día relieves más brillantes y gratitud más profunda en el alma nacional".

* De *Forjadores del mundo moderno*. Tomo VI. Editorial Grijalbo. México D.F., 1961.